OTROS TRISTES TRÓPICOS

TRES MUSEOS PERSONALES



MAXIMILIANO SAUZA DURÁN,
SARA LADRÓN DE GUEVARA Y LOURDES BUDAR
PRÓLOGO DE EDUARDO MATOS MOCTEZUMA

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales.
Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).
Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial.
La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

OTROS TRISTES TRÓPICOS

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Martín Gerardo Aguilar Sánchez
Rector

Arturo Aguilar Ye
Secretario Académico

Lizbeth Margarita Viveros Cancino
Secretaria de Administración y Finanzas

Yolanda F. González Molohua
Secretaria de Desarrollo Institucional

Agustín del Moral Tejeda
Director Editorial

Otros tristes trópicos

TRES MUSEOS PERSONALES

MAXIMILIANO SAUZA DURÁN
SARA LADRÓN DE GUEVARA
LOURDES BUDAR
EDUARDO MATOS MOCTEZUMA
(prólogo)

Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

XALAPA / MÉXICO / 2026

Clasificación LC: PN56.A717 S28 2026
Clasif. Dewey: 809.93358301
Autor: Sauza Durán, Maximiliano, 1993-
Título: Otros tristes trópicos : tres museos personales / Maximiliano Sauza Durán, Sara Ladrón de Guevara, Lourdes Budar ; Eduardo Matos Moctezuma (prólogo).
Edición: Primera edición.
Pie de imprenta: Xalapa, Veracruz, México : Universidad Veracruzana, Dirección Editorial, 2026.
Descripción física: 87 páginas : ilustraciones ; 26 cm.
ISBN: 9789689735922
Materias: Arqueología y literatura.
Arqueología en literatura.
Autores relacionados: Ladrón de Guevara, Sara.
Budar, Lourdes.
Matos Moctezuma, Eduardo.

DGBUV 2026/26

Imagen de portada:
Hacha votiva proveniente de El Viejón, Veracruz
Acervo del Museo de Antropología de Xalapa-UV
Fotografía de Gibránn Becerra Álvarez

Primera edición, 27 de abril de 2026

© 2026 Universidad Veracruzana
Dirección Editorial
Nogueira núm. 7, Centro, CP 91000
Xalapa, Veracruz, México
Tels. 228 818 59 80; 228 818 13 88
direccioneditorial@uv.mx
https://www.uv.mx/editorial

ISBN: 978-968-9735-92-2
DOI: 10.25009/uv.9735922

Impreso y hecho en México
Printed in Mexico

ÍNDICE

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA	11	Prólogo. Caminar por los viejos senderos
MAXIMILIANO SAUZA DURÁN	15	Libro de pinturas es tu corazón (memorias de un tlacuilo chichimeca)
SARA LADRÓN DE GUEVARA	49	Era un mundo de mundos superpuestos

Piedra del Sol, 50
Cabeza colosal, 51
Cocodrilo, 52
Jade, 53
Piedra de sacrificio, 54
Mictlantecuhtli, 55
Serpientes, 56
Piel de estrellas, 57

Tláloc, 58
Tlaltecuhtli, 59
Cihuatéotl, 60
Coyolxauhqui, 61
Cosmos, 62

LOURDES BUDAR 63 ¿No oyes ladrar a los perros?

Así me reconozco, viajero, arqueólogo del espacio…

Claude Lévi-Strauss, *Tristes trópicos*

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA | PRÓLOGO

CAMINAR POR LOS VIEJOS SENDEROS

Hay dos maneras de ver las cosas: cuando los arqueólogos irrumpen en la literatura y cuando los literatos se acercan a la arqueología. Hoy estamos ante el primer caso, lo que me lleva a reflexionar acerca de la relación entre ambos quehaceres. Siempre me ha gustado parafrasear a Marcel Proust cuando digo que los arqueólogos estamos en busca del tiempo perdido… pero a veces lo encontramos. El libro que presento contiene tres escritos: el de Maximiliano Sauza Durán, los sonetos de Sara Ladrón de Guevara y las experiencias de Lourdes Budar. Los tres forman un tríptico en el que la arqueología es el centro de sus decires.

El primero nos ofrece un amplio recorrido en donde a cada paso surgen los nombres de quienes han cultivado tanto la literatura como la arqueología y la historia. Con buena pluma, teje la trama y la urdimbre de estos tres componentes para darnos, con conocimiento profundo, su pensar acerca del devenir constante de los pueblos que fueron. Este "errante chichimeca", como él mismo se describe, acude a la palabra y la convierte en prosa que nos lleva

por senderos inagotables en que tiempo y espacio cobran un sentido diferente.

Por su parte, Sara Ladrón de Guevara nos regala varios sonetos en los que, irreverente, irrumpe en el mundo de los dioses antiguos como Mictlantecuhtli, Tláloc, Tlazoltéotl, Cihuatéotl y Coyolxauhqui. No solo eso: nos traslada en alas de la poesía por los laberintos de Piedra de Sol y las Cabezas Colosales; del Cocodrilo y el Jade; la Piedra de Sacrificios y las Serpientes; la Piel de Estrellas y el Cosmos… Es un andar infinito a través de trece presencias que lindan con la cosmovisión y sus dualidades que nos llevan, finalmente, a estar frente a frente con nosotros mismos…

Y qué decir de Lourdes Budar. Sus relatos con la realidad viviente de un mundo que se niega a morir. Está ahí: vivo, latente. Algo que llamó mi atención fue su constante cercanía con los perros. Aparecen una y otra vez en diferentes momentos y en distintas circunstancias. Pero el conjunto de descripciones que plasma de sus experiencias cotidianas como arqueóloga me recordó muchos años atrás cuando estaba yo en Malpaso, Chiapas, y por las tardes entrevistaba a algunos de mis colaboradores para que me relataran cuentos y leyendas de la región. Lourdes, acompañada por *Luna,* sigue evocando el pasado y el presente en ese juego interminable que, al fin y al cabo, es nuestra razón de ser…

Entre las y los literatos que buscan en la arqueología motivos inspiradores hay muchos, tanto en el ámbito mundial como en el local. Entre los nuestros, recuerdo que don Manuel Gamio publicó, en 1937, su libro de cuentos *De vidas dolientes,* con clara tendencia a temas relacionados con la vida rural. Más recientemente, en 2001, Miguel León-Portilla, historiador del mundo antiguo, escribió su obra de teatro *La huida de Quetzalcóatl,* además de darnos algunos poemas. No son los únicos casos: Juan Villoro mencionó a varios escritores en su discurso para la Universidad de Harvard, incluido en el número especial de *Arqueología Mexicana* que lleva por título *El espejo de obsidiana,* que versa sobre literatura y arqueología. Quiero destacar a Octavio Paz, quien ha escrito

sobre múltiples referencias al pasado entre las que destaca *Magia de la risa,* en donde se unen los talentos del literato, los del arqueólogo Alfonso Medellín y los del fotógrafo Francisco Beverido. No puedo dejar de mencionar el poema *Piedra de Sol,* donde aprehende la presencia cíclica del pensamiento de los antiguos tlamatimine al comenzar con palabras elocuentes y terminar el poema con ellas. Es el retorno constante de un universo que no cesa en su movimiento para llegar al punto de partida…

Dentro del ámbito internacional destacan dos prominente escritores: Oscar Wilde, quien se inspiró en el retrato mortuorio de una dama egipcia de la época ptolemaica, hallado en una tumba que excavó Flinders Petrie, para escribir *El retrato de Dorian Gray;* y la célebre Agatha Christie, casada con el arqueólogo Max Mallowan, a quien acompañaba en sus andanzas por Irak y Siria. De estas experiencias surgieron *Asesinato en Mesopotamia, Muerte en el Nilo* y *Cita con la muerte*.

No puedo extenderme más pues el espacio se acaba. Solo agrego una última reflexión: leer a nuestros tres autores –Maximiliano, Sara y Lourdes– es aspirar aire fresco en palabras que trascienden el tiempo.

MAXIMILIANO SAUZA DURÁN

LIBRO DE PINTURAS ES TU CORAZÓN
(MEMORIAS DE UN TLACUILO CHICHIMECA)

… escritura de fuego sobre el jade…
escritura de mar sobre el basalto,
escritura del viento en el desierto…
Octavio Paz, *Piedra de Sol*

TODO ES LUZ EN EL GOLFO

Brillan a lo lejos los cocuyos: tachuelas rutilantes en la negrura. Las chicatanas, hormigas aladas y pantagruélicas, salen de quién sabe dónde para morirse en el asfalto y los jardines –señas de que ha llovido–. La Luna pende del marco de la puerta abierta, despeñada sobre el Citlaltépetl, que con su gorrito de algodón se cubre la calva del frío. La noche es mecida por un canto fúnebre y lejano; ulula un tecolote. En una esquina del librero rezumban los ósculos de una salamandra besucona. (Muac-muac-muac.) Sí, ha llovido, el empedrado pare obsidianos tlaconetes. La mole negra del Nauhcampatépetl, el Cerro de los Cuatro Rumbos, el Cofre de Perote, se alza prístino, telúrico, como un dios dormido, en la lejanía. Un cacomixtle salta entre las tejas de sobradillo y las medias aguas. Oigo sus pisadas en el tejar de esta casa, tan antigua que parece hecha desde siempre. Un tlacuache (prometeico y desencadenado) carga su rebozo de tlacuachitos.

Un poco más allá, fuera del alcance de mi mirada, se despliega la costa del Golfo: "llena de tiburones y de historia", escribiría Sergio Galindo. "Hay en esta costa, la Vera Cruz –según escribió fray Francisco de Aguilar en su *Relación breve de la conquista de la Nueva España,* y lo aprovecho como un prólogo a este ensayo sobre mí mismo–, grandes provincias de las cuales contaré las mejores y dejaré otros pueblos". Allá están, a lo lejos, las pirámides de El Tajín y los montículos de Piedra Labrada. Las cabezas colosales con su impertérrito semblante y las caritas sonrientes con la magia de su risa contemplan esta errancia y este andar a tientas. Allá está la extendida selva que encierra su largo monólogo de ruinas. Todo es luz en el Golfo, la Hamaca de México. Todo es luz e historia. Todo.

ERRANTE CHICHIMECA

Empecé a estudiar Arqueología en 2011; al cabo de unos años mis amigos arqueólogos más cercanos me decían el Chichimeca. Yo era un foráneo proveniente del Bajío, habitando y estudiando en Xalapa, Veracruz, por lo que el apodo me quedaba como anillo al dedo. Así llamaban los mexicas a los nómadas del norte de México, la Huey Chichimecatlalli o la Gran Tierra Chichimeca. El término es ambiguo en su etimología y despectivo en su sentido: *chichi* significa "perro"; *chíchitl*, "saliva, mamar, chupar"; *mécatl*, "cuerda o mecate" (relacionado asimismo con el sentido de ascendencia o progenie). Ya en un primitivo trono olmeca del Preclásico Temprano (1200-900 a. C.), expuesto en el Museo de Antropología de Xalapa, se observa a un gobernante emergiendo de una cueva asido de un mecate, aferrándose así a una ascendencia divina, intraterrena. De tal suerte que *chichimécatl* puede entenderse como "el que chupa o mama" o "el de linaje de perros".

Los chichimecas no eran una sola etnia ni conformaban un grupo lingüístico-cultural homogéneo. Los españoles, tras la conquista de México Tenochtitlan y, con ella, la de los pueblos seden-

tarios y urbanos de Mesoamérica, emprendieron luego la dolosa conquista de los errantes nómadas norteños, extendidos desde el Bajío hasta Nuevo México.

La palabra "errancia" también tiene una doble etimología, pero de procedencia latina: *iterare,* "viajar"; y *errare,* "equivocarse".

Mi vida, en efecto, ha sido una errancia autoinfligida, un mecate que hilvana yerros elegidos. Nunca he sabido definir de dónde soy ni qué hago. Mis padres son de Apaseo el Alto, Guanajuato; yo nací en la ciudad de Querétaro, Querétaro.[1] Actualmente vivo, desde hace más de una década, en Xalapa, Veracruz. Me apasiona la arqueología teotihuacana y mexica, he estudiado por muchos años náhuatl y francés, adoro las literaturas rusa y grecolatina, y me sé parte (fruto, más bien) de una civilización barroca y mestiza. Cuando estudiaba arqueología, algunos profesores me decían, con cierto tono de desprecio, después de leer mis ensayos: "Tienes un estilo demasiado literario". Cuando migré de los estudios arqueológicos a los literarios, en la maestría en Literatura Mexicana algunos profesores solían decirme: "Tienes que quitarte de una vez ese estilo antropológico". Terminé, por supuesto, escribiendo novelas históricas, para así defraudar a los unos y a los otros en igual medida. Hago mía una pregunta de la antropóloga Valeria Mata: "¿Es esta errancia una equivocación, como insinúa su etimología?"

Decir que soy un errante chichimeca es lo más próximo que puedo llegar al esbozo de una autobiografía.

RELATO DE UN GLIFO

Mi verdadera iniciación como arqueólogo ocurrió en 2013, cuando fui aceptado en el seminario de investigación de la doctora Lourdes

[1] La ineptitud de los elaboradores de los mapas del libro de texto gratuito de tercero de primaria, *Estado de México. La entidad donde vivo* (p.100), publicado por la SEP (2022-2023), ha resuelto parte de mi identidad conflictuada al poner en Querétaro a Guanajuato y a Guanajuato en Querétaro.

Budar. Un día, los profesores con proyectos vigentes de la Facultad presentaron en el auditorio principal sus respectivos proyectos de investigación, a los que los estudiantes debíamos inscribirnos. Cada proyecto implicaba un seminario de investigación de gabinete, una práctica de campo y un laboratorio de análisis de materiales. Cuando Budar presentó el suyo, recuerdo una imagen definitiva: la Estela 1 de Piedra Labrada. Expuso su marco teórico-metodológico, sus avances, los problemas habituales en los sitios que investigaba en la Sierra de Santa Marta y la franja costera de la Perla del Golfo. Al presentar la Estela 1, dijo que nadie la había descifrado todavía. Me tomó por sorpresa, pues yo creía que ya todo estaba descifrado, y lo tomé como un reto. "Yo la descifraré", me dije, con esa ingenuidad del muchacho de veinte años que era entonces.

Fui seleccionado en el proyecto de Piedra Labrada-Sierra de Santa Marta (PiLab) y esa misma tarde empecé a estudiar todo lo que encontré sobre iconografía y epigrafía mesoamericanas. Un símbolo me había cautivado. Era el glifo Ojo de Reptil. En mi primera práctica de campo, en Piedra Labrada, un pueblito arrinconado en la hermosa sierra de Los Tuxtlas, recuerdo haberle dicho a Budar que me interesaba estudiar para mi tesis el glifo que coronaba aquel *omphalo* pétreo, ese monolito que era el ombligo de un mundo perdido. La doctora me escuchaba con cierta desconfianza. "Es un tema muy difícil", me dijo, "que amerita hacerse para un doctorado".

Eran aún los primeros semestres, tenía todas mis materias y lecturas obligatorias por delante, pero el Ojo de Reptil se fue metamorfoseando en una obsesión, un íntimo jeroglífico de mi alma, un símbolo con el que sentía volverme indisoluble. Lo dibujaba en mis libretas, lo trazaba beodo en las servilletas de los bares; había decidido tatuármelo una vez que lo descifrara. Mi neurosis, si hubiera podido representársela entonces a un psiquiatra, hubiera sido con ese símbolo multivalente.

Convendría definir previamente para el lector los elementos del Ojo de Reptil. Se trata de una figura geométrica rectangular o

semicircular, bordeada por un cartucho igualmente rectangular o semicircular; se acompaña por un par de barras pareadas en la parte superior, un gancho emergente de la figura central inferior y puntos que le rodean y, en ocasiones, numerales del conteo mesoamericano (barras y puntos de ciframiento binario).



Variantes del glifo Ojo de Reptil en diversos soportes.
Periodo Clásico (250-900 d. C.). Dibujos de M. S. D.

No sé qué dirán los geólogos ni los botánicos, pero para mí Los Tuxtlas son el último rincón del Amazonas. Una inmensa geografía que va de Sudamérica a una esquina de Veracruz, en la llamada área nuclear olmeca. Pasaban los años y yo seguía trabajando en el PiLab,

y aunque no parecía convencer a la doctora Budar de mis ideas sobre el Ojo de Reptil, platicábamos ardua y tendidamente sobre ese y otros tantos temas. Yo le expresaba mis inquietudes intelectuales y ella siempre tenía una lectura que me ayudaba a amainarlas. En sus clases de arqueología contemporánea, nos recomendaba leer a J. M. Coetzee o el *Frankenstein* de Mary Shelley, a Friedrich Nietzsche o a Iuri Lotman, a Umberto Eco o a Lévi-Strauss. Ya fuera sobre literatura, teoría arqueológica o antropología a secas siempre Budar sabía qué decir y lo decía con una soltura de encantadora de serpientes. En las prácticas de campo, en los campamentos azotados por la canícula delirante o la brisa delicuescente, nunca faltaba la música de Bob Dylan ni los mojitos con ron hechos en rojas hieleras como enormes cubas olmecoides. A todos sus estudiantes nos trataba como a arqueólogos consumados. "Ustedes ya son arqueólogos", decía, "y si ustedes no se la creen nadie más lo hará". Cuando platicábamos sobre un tema cualquiera, volvíamos siempre al Ojo de Reptil y a mis cavilaciones bizantinas. Yo veía el glifo en cada tepalcate, en cada piedra, en cada dintel o estela, fuera maya o zapoteca, teotihuacana o tolteca; en cada icono se manifestaba ese signo petrificado. Oía empecinadamente su sórdido murmurio en los vocablos nahuas que poco a poco fui estudiando y entendiendo. Quería ser el mayor experto en el Ojo de Reptil que hubiera en el mundo. Sueños de muchacho ingenuo de veinte años…

Para el momento en que Budar aceptó ser mi directora de tesis (ya habían pasado algunos años), trabajaba desde hacía varias temporadas en su proyecto de investigación, había preparado algún texto sobre el glifo y colaborado en congresos y mesas redondas con ponencias sobre el tema. Por mi cuenta tenía una extensa investigación, llena de dibujos, estadísticas, fotografías, un catálogo desglosando más de doscientas cincuenta variantes del glifo, en fin, toda una epopeya personal, un museo para mi neurosis, pero necesitaba orden y dirección.

Junto con ella, me asesoraron otras dos arqueólogas a quienes también debo aquellos años de formación: las doctoras Yamile Lira,

de dura escuela arqueométrica alemana, y Sara Ladrón de Guevara, especialista en historia del arte, de tradición francesa. De alguna manera, la perspectiva de Budar era un punto medio: me animaba a continuar con mi catálogo iconográfico sin desatender las estadísticas de mis datos duros. Pero el Ojo de Reptil no cedía. El símbolo se me quedaba viendo con mofa desde su antiquísima hostilidad infranqueable.

A lo largo de cuatro años me empeñé en descifrarlo. No es este un espacio para resumir mi tesis, pero haré el intento por mencionar los puntos sustanciales. El glifo Ojo de Reptil, de origen teotihuacano, se transformó a lo largo de siete siglos, a causa del contacto con otras culturas. Sugerí que su origen se debió a la relación de un clan teotihuacano con las élites mayas del sur del Petén (en los albores de nuestra era), y que su decaimiento ocurrió en el tránsito del Epiclásico al Posclásico Temprano *(ca*. 900-1000 d. C.). Pasó de ser emblema dinástico a signo calendárico; de ser un icono clánico, a un signo de legitimación dinástica; de símbolo de poder a grafiti iconoclasta. Propuse dos términos, "glifogénesis" y "glifocalipsis", para conceptualizar el origen y la muerte del símbolo. Entre el 200 y el 900 d. C. se establecieron los límites temporales del devenir del Ojo de Reptil.

Intuí que el glifo *cáuac* maya, relacionado con lo terrestre durante el Preclásico Tardío *(ca.* 200 a. C.), es el que advino como origen del teotihuacano. Para la glifocalipsis, es decir, el desuso y decaimiento del glifo, propuse el *zacatapayolli,* el signo del ovillo de hule que se incendia en la ceremonia del *xiuhnelpilli,* el atado de cincuenta y dos años (equivalente al siglo mesoamericano), y que fue usado a partir de la época tolteca (Posclásico Temprano, cinco o seis siglos antes de la llegada de los europeos). En el medio, es decir, durante el periodo Clásico, el Ojo de Reptil sufrió múltiples transformaciones.

Según mi estadística, el numeral 7 es el más representado con relación al glifo Ojo de Reptil, seguido por el numeral 9. Los sitios que registran con mayor frecuencia esta asociación, esculpida en

sus estelas, lápidas o grabados, o pintada en sus jambas y murales, son Xochicalco, Cacaxtla, Teotenanco y Tollan Xicocotitlan –todos ellos del Epiclásico (600-900 d. C.), de herencia teotihuacana.

En múltiples ocasiones, aparece el glifo relacionado con personajes. Los señores 7 y 9 Ojo de Reptil son representados en Cacaxtla y Xochicalco y, por la constancia en que las fechas se reiteran, pueden hacer alusión ya a los mismos personajes o ya a un mismo evento calendárico. Estos personajes pueden ser históricos y míticos al mismo tiempo, ya sea porque el mito legitima la Historia, ya porque la Historia está cargada de mitos. Ambos parecen ser representantes de deidades guerreras: los dos comparten la naturaleza humana, con atavío de *ocelopilli,* guerreros jaguar, pero allí, perpetuados en las jambas norte y sur de un edificio de Cacaxtla, el movimiento de sus andanzas sigue confundiendo nuestras percepciones. De pronto el señor 7 Ojo de Reptil ya no es humano; no, emerge de una caracola como el dios Pauahtún de los mayas, un ancestro deificado, un Bataab sostenedor del universo emergiendo de su exoesqueleto, cargado por un personaje llamado 3 Venado (Eyi Mázatl). Allí están, contándonos con la danza de las formas sus secretos soterrados. Ellos viven en sus imágenes y al mirarlas las revivimos. Pero me fui dando cuenta, a lo largo de mi estudio, de que el Ojo de Reptil no era un ojo, mucho menos de un reptil. Todo era una confusión debida al apelativo que el arqueólogo alemán Herman Beyer le dio al glifo. Él lo llamó Ojo de Reptil en 1922, y el error fue sostenido durante cien años, y contando…

Estudiar esto fue entrar en un vórtice espectral. Todo en redor era una catarsis. Decidí que mi tesis debía llamarse así: *La mirada en la vorágine.*

El arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma me dijo alguna vez, ya terminada mi tesis, que el pintor Abel Mendoza, ilustrador de las láminas de los libros de Alfonso Caso y Laurette Séjourné, fue el primero en darse cuenta de que el Ojo de Reptil no era ni lo uno ni lo otro, sino que parecía ser una esquematización de la mariposa *(papálotl,* en náhuatl).

Como es de esperar, la apreciación del artista plástico no repercutió entre los arqueólogos, historiadores ni epigrafistas. El Ojo de Reptil, que no es lo que aparenta, sigue llamándose así, a un siglo de su bautismo iconográfico, y acaso lo seguirá por siempre.

Me han preguntado que entonces cómo lo llamaría yo. No me queda más opción que prolongar el yerro: Ojo de Reptil, respondo siempre, aunque sé que conviene más el nombre de Papálotl, pero esto implicaría entrar ahora en debate con los lingüistas especialistas que descreen que en Teotihuacan se hablara náhuatl como *lingua franca.* Todo, en fin, es una cadena vertiginosa de enredos, aciertos y yerros. (Hoy, algunos lingüistas y arqueólogos dicen que se trata del signo "caña", en náhuatl *ácatl.)* La vorágine nunca acaba y el viento sopla donde quiere…

Estudiando el Ojo de Reptil, escribí (mejor dicho, abandoné) una primera novela sobre un tlacuilo chichimeca que aprendía las artes y oficios teotihuacanos, y que por azares del destino terminaba diseñando el Ojo de Reptil. No era una novela, era un batiburrillo de ensambles inconexos que se hacía menos verosímil conforme más estudiaba y escribía; un palimsesto que iba enredándose conforme más lecturas enriquecían mi tesis central. Me sentía cohibido, debió ser por 2014 o 2015. Por aquel entonces trabajé y colaboré en otros proyectos arqueológicos. Excavé en La Ventilla (Teotihuacan), estuve un par de veranos en Matacanela (Los Tuxtlas), y clasifiqué y dibujé mucha cerámica embodegada en la Facultad de un sitio llamado Loma Iguana. También comencé a escribir mis primeros cuentillos y traducciones académicas. Mis padres me apoyaban económicamente, así que trabajé un poco como escritor fantasma para servidores públicos de vez en cuando para hacerme de un poco de dinero extra.

En esa primera novela trunca se fueron mezclando personajes históricos con ficcionales, inspirado a mi manera en los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós. ¿Cómo llamar a los señores 7 Ojo de Reptil y 9 Ojo de Reptil si el glifo no representa lo que su nombre sugiere? Pensé, años después, al encontrarme con ese

texto en una libreta olvidada, en llamarlos Chicome Papálotl (7 Mariposa) y Chicnahui Papálotl (9 Mariposa), considerando que el glifo, como intuyó Abel Mendoza, según Matos Moctezuma, era de *papálotl;* y tomando como verdad que los llamados olmecas xicalancas, los que según las crónicas arribaron al valle de Tlaxcallan y se mezclaron con los otomíes locales, a los que se les adjudica el estilo maya de las pinturas del Epiclásico, fueran hablantes del náhuatl. ¡Un punto tan fundamental, básico y sencillo como los nombres de mis personajes producía enredos de tales dimensiones! Quería narrar largos párrafos homéricos, pero también íntimas escenas, casi balzacianas, de vida cotidiana. No había nada que pudiera salvar de la borrasca, y con seguridad abandonar esa nave fue la mejor decisión de mis tempranos naufragios literarios. Mi novela cada vez se hallaba con más trabas, pues la arqueología, como materia novelable, es una rara y maravillosa ciencia: mientras más investigas, menos esclareces.

Al final la tesis resultó bastante bien; ella misma y algún ensayo derivado fueron galardonados con premios y distinciones. Pude viajar al extranjero en algunas ocasiones y presentar ponencias sobre el Ojo de Reptil ante auditorios de varias nacionalidades. De mis maestras aprendí la retórica y a contener los nervios ante públicos amplios y diversos. El glifo me cosechaba varios éxitos personales y académicos, ¡pero yo seguía *(mea culpa!)* sin descifrarlo!

Entré a la maestría en Literatura Mexicana y me dediqué a escribir otra tesis y a desechar nuevos borradores de otras novelas prescindibles. Me gusta pensar, a manera de consuelo, que al escribir novelas, cuentos y poemas hago una arqueología íntima y propia, donde siembro jeroglíficos personales que algún día quizá pueda alguien descubrir e interpretar. La Historia de la Arqueología es la historia de la ciencia del pasado material, es el estudio de las ciencias que la han acompañado, pero para mí es el relato de algo más íntimo. Con la arrogancia de una infame inocencia, podría decir que es la historia de mí mismo. Siento que la arqueología, expuesta, desplegada como un mapa de una geografía desconocida, es un registro

y un lugar donde me encuentro, perdiéndome sin cesar. Una infame inocencia. No puedo definirlo de otro modo. No puedo verme sin contemplar esta otra cara de la narración. El relato de una forma exagerada, una creación ajena. Una infame, párvula inocencia, que tiene por emblema un antiguo símbolo teotihuacano y su cúmulo de semánticas perdidas, "jeroglíficos de aire –diría José Emilio Pacheco–, enigma del que jamás encontraremos la clave".

ARQUEOLOGÍA. LITERATURA

No recuerdo la primera vez que leí *Piedra de Sol,* solo sé que fue hace muchos años, y aún con denuedo y devoción vuelvo a él de cuando en cuando, y cada vez me asombra más. Lo descubrí siendo estudiante universitario, y lo leo ahora con mis alumnos de preparatoria. Mis impresiones se afinan con los años. La cantidad de elementos mitológicos prehispánicos que allí son aludidos sin llegar nunca a ser mencionados me deja perplejo. Endecasílabos que juegan a la magia de la poesía. Si bien *Piedra de Sol* entrama el amor, el flujo y reflujo del hombre en el tiempo y la creación poética –temas vitales para Octavio Paz–, nada allí está del todo enunciado. La amada es todas las diosas: las del origen y las de la muerte, las de la fertilidad y las de la abundancia: Coatlicue, Xochiquétzal, Itzpapálotl, Xilonen, Mictecacíhuatl; pero también las ninfas Melusina, Eloísa, Perséfone, María… En *Piedra de Sol* parece todo parecer.

Los mexicanos tenemos la fortuna de que Paz, uno de los mayores escritores de nuestra lengua, haya sido también un gran conocedor del mundo precolombino y del lento mestizaje barroco que define a nuestra Modernidad. El vínculo entre arqueología y literatura tiene en México un matiz único, incomparable –me aventuro–. Como todas las literaturas, la nuestra comenzó con la épica. Apenas se abrió el telón, vimos el cerco, sitio y caída de México Tenochtitlan, la Troya del Nuevo Mundo, y al segundo acto ya está Bernal Díaz del Castillo escribiendo su *Historia verda-*

dera de la conquista de la Nueva España, la mejor crónica y, sin querer, a mi juicio, la primera y máxima novela del Nuevo Mundo,[2] donde narra las aventuras de los conquistadores verdaderos que no tuvieron sino una derrota compartida, pues ninguno de ellos obtuvo las recompensas prometidas: riqueza y prosperidad para los castellanos y autonomía y libertad política para los indígenas, antecedentes directos por casi un siglo del Sancho Panza defraudado por don Quijote.

Desde finales del siglo XVI y comienzos del XVII, no ha cesado el torrente de cronistas y poetas empeñados en narrar la cólera de tantos Aquiles y los llantos de tantas Hécubas de la epopeya mexicana.

De los barrocos católicos a los decimonónicos románticos y realistas, de los modernistas finiseculares a ese grupo de soledades que fue el de los Contemporáneos, desde un José Juan Tablada hasta un Juan José Arreola, pasando por Alfonso Reyes, Elena Garro, Carlos Fuentes, Efraín Huerta, José Emilio Pacheco, Eraclio Zepeda, Silvia Molina o Juan Villoro, las representaciones en torno al mundo precolombino han sido materia bruta para la ficción, el

[2] Abro un paréntesis: la novela, el género sin géneros (J. Rancière), el género que devora todos los géneros (M. Yourcenar), la gran forma que explora la ambigüedad del ser (M. Kundera), museo de la existencia (O. Pamuk), tiene sus raíces grecolatinas en los géneros populares de Grecia, Roma y Bizancio (según demuestran B. E. Perry, C. García Gual, L. Beltrán Almería y otros). Beatriz González Stephan propone que la novela es el género travestido por excelencia, y que en el Nuevo Mundo tuvo que buscar sus métodos para infiltrarse en la censurada cultura editorial hispánica, apretada bajo los corsés del Santo Oficio y las disposiciones legales de Madrid, que prohibían ya escribir ficción en la América colonial, ya importarla desde la península ibérica. Revestida de crónica, aderezada con el tono de la épica, eligiendo la máscara que mejor le acomodara (incluso la del verso o de la tramoya), la novela no se limita a la narrativa. Mijaíl Bajtín defiende que el propósito de la novela es bajar la alta cultura de su pedestal y elevar la baja (lo que es demostrado en tempranas obras grecolatinas como *El asno de oro* de Apuleyo y *El satiricón* de Petronio). La novela nace de la parodia, de la sátira, del mito trágico que se despeña en los barrancos de la comedia. La novela es el espejo de las crisis de las sociedades –no de su auge–. A diferencia de Bajtín, que parece alegrarse de que la novela sea una fuga irrisoria de la épica, György Luckács opina que la novela es la epopeya del mundo abandonado por los dioses, y la novela resulta así una nostalgia de la épica. Por lo tanto, a lo largo de este ensayo, hablo de novela no solo como un género literario sino como un horizonte de sentido de la literatura.

ensayo y la poesía. Los autores del siglo XIX arrebujaron sus novelas y poemas bajo un velo de exotismo, donde lo indígena es casi siempre una comparsa de fondo o un eco del buen salvaje soñado por Rousseau, Montesquieu y Voltaire. Otros autores, con mayor acierto, supieron mezclar los tiempos cíclicos mesoamericanos y verterlos en los modernos (como Elena Garro en *Los recuerdos del porvenir,* Carlos Fuentes en *Los días enmascarados* o José Emilio Pacheco en *La fiesta brava).* Otros han traducido a clásicos del mundo precolombino y los han incorporado a sus propios proyectos literarios, o han hecho de la traducción un arte en sí mismo, como Rubén Bonifaz Nuño, Miguel León-Portilla o el padre Ángel María Garibay K.

Juan Villoro, en *Arqueología Mexicana. El espejo de obsidiana* da un recuento de los vínculos entre arqueología y literatura. "Si la narrativa se ha concentrado en combinar y confrontar los distintos tiempos de la historia mexicana –escribe Villoro–, la poesía ha buscado atrapar instantes irrepetibles, capaces de revelar, como la flor de Coleridge, que lo que sucedió ayer ocurre todavía". Pero sería un error creer que solo los mexicanos han fraguado a la literatura mexicana. Subrayo: aunque la literatura novohispana pertenece a la tradición hispano-grecolatina, la génesis de una nueva tradición literaria, mestiza y *sui generis,* alimentada de universos e imaginarios contrastantes, se hace presente; la literatura mexicana no es solo de los mexicanos y podemos extenderla a escritores extranjeros modernos que no se resistieron al embrujo magnético del encanto de la cosmovisión mítica prehispánica: Rubén Darío, Malcolm Lowry, Jack Kerouac, Julio Cortázar, Ken Kessey, Aldous Huxley, Henri Michaux, Antonin Artaud, Leonora Carrington y Roberto Bolaño son solo algunos. La arqueología, o mejor dicho el pensamiento arqueológico (es decir, la búsqueda de los orígenes, el discurso de lo antiguo, siguiendo su etimología), ha traspasado varios umbrales. Los frailes en el siglo XVI abominaban a los pétreos ídolos y a los demonios de barro. La psicodelia posmoderna (nacida gracias a que los alemanes aislaron la mezcalina del peyote, la morfina del

opio y la cocaína de la coca andina) y las obras de Carlos Castaneda abrieron "las puertas de la percepción" al encuentro entre las cosmovisiones chamánicas y las teodiceas individuales, búsqueda de autores de la llamada Onda desde finales de la década de los sesenta y bien entrados los años ochenta, como José Agustín y Gustavo Sainz, seguidores de los viajes del jícuri de los huicholes en las rutas del Wirikuta o imantados a las ceremonias en Huautla de la mano de la enigmática curandera mazateca María Sabina.

En tanto, el folclorismo, que pintaba con escepticismo al mundo indígena a inicios del siglo xx, dejó de lado su acartonamiento exotista para volcarse en una preocupación por la vitalidad de los universos y realidades coexistentes, ya en lo rural, ya en la urbe: como la literatura indigenista, que, a la par que denunciaba las injusticias del Estado sobre el indígena, era parte de un programa político estatal que velaba por intereses particulares, entre ellos el desplazamiento forzado, la explotación y la extracción de recursos naturales, o la forzosa integración del indígena a la industria. Poco a poco, desde don Carlos de Sigüenza y Góngora, el gran sabio criollo del siglo xvii novohispano, hasta la llegada del *boom* latinoamericano, "el mundo indígena deja de ser un telón de fondo, inescrutable y hechizado, se convierte en una explicación del presente", escribe Villoro. El pensamiento arqueológico ha pasado por muchas metamorfosis. Ya a inicios del siglo xx, José Juan Tablada criticaba (y sigue siendo motivo de crítica entre historiadores, arqueólogos y antropólogos) el aztequismo patriotero y nacionalista, que durante décadas quiso afincarse como el centro de la identidad nacional. En contraste, hoy somos testigos de nuevos fenómenos estéticos que, aunque a veces son parte de (o son maleados por) la propaganda política del régimen en turno, demuestran la pluralidad de expresiones artísticas en las diversas regiones del país, como el auge de la literatura (y especialmente de la poesía) en lenguas indígenas; o la literatura chicana, que es ya el semillero de una civilización híbrida y de dos tradiciones lingüísticas (la hispana y la anglosajona) que convergen en una cultura sincrética. Si quisiéramos hacer una historia

de la arqueología mexicana (ya hay algunas, y muy buenas), tendríamos que hacer una historia de la literatura mexicana (que abundan, y no son malas), porque juntas han ayudado a consolidar las diversas nociones de identidad de lo que implica ser o no ser mexicano. La atención que se ha puesto en la relación entre arqueología y literatura ha sido escasamente atendida por los arqueólogos y poco estudiada por los críticos literarios; esto debido al desinterés por la literatura en aquellos y al poco conocimiento en materia arqueológica de estos. En los cuentos de antropólogos como Eraclio Zepeda o Francisco Rojas es imposible no encontrar una aproximación etnológica a los problemas de la identidad indígena y rural. Elisa Ramírez, una divulgadora de la mitología amerindia, con una prosa sencilla y poco alambicada, ha recreado los mitos mesoamericanos enfocándose en las jóvenes audiencias. Poetas como Efraín Huerta, José Emilio Pacheco, Elsa Cross, Homero Aridjis, Alberto Blanco o Natalio Hernández han hecho suya la antigua tradición de la "palabra florida", o tomado algún sitio arqueológico –El Tajín, Tulúm, Cuicuilco, Mitla, Chichén Itzá…– y han simulado con palabras (que son fugaces) nuevas piedras (que son duraderas) capaces de ornar la existencia inminente de las ruinas, fugaces y duraderas en el largo parpadeo de los siglos.

El problema de la identidad mexicana, la pregunta por los orígenes y el destino de una cultura, fruto de una constante hibridación barroca, es lo que en el fondo late sin cesar en nuestra literatura y en nuestra arqueología. Carlos Fuentes, Octavio Paz y Juan Villoro han visto en la leyenda de la huida de Quetzalcóhuatl el meollo donde lo mítico y lo literario se anudan. Desconocedor de su rostro, el rey mítico de Tollan cae en una treta del brujo Tezcatlipoca, su némesis, y se mira en su vítreo, ígneo, discordante espejo, el *tezcatlanextia;* contempla así su identidad: ave y reptil, celeste e inframundano, pájaro que repta y saurio que vuela, dios ido y héroe con promesa de retorno. El mexicano se contempla en ese espejo enterrado, casa de la neblina y morada del humo, espejuelo de obsidiana que es resto arqueológico transformado en arte-

facto literario, dechado que nos revela quiénes somos. "Nada mejor que una serpiente emplumada para reptar o volar, para ascender o descender, para trascendernos", escribió Sara Ladrón de Guevara en un ensayo.

Literatura y arqueología, como ha dicho Eduardo Matos Moctezuma, son las únicas máquinas del tiempo que existen, pues "tanto al poeta como al arqueólogo les es dado llegar al mundo de los muertos". Y en México esa relación ha tenido un escenario privilegiado, comparable solo con los del Perú, India, China, Egipto o Turquía. Pero en México hay también arqueólogos, historiadores, filólogos y antropólogos interesados en el pasado indígena que no solo han destacado en su trayectoria académica, sino que han hecho una loable escuela de escritura y tienen ya un público lector cautivo fuera de las aulas y los círculos de especialistas: ensayos como *El pueblo del Sol* de Alfonso Caso, *Cuauhtémoc* de Salvador Toscano, *El conejo en la cara de la Luna* de Alfredo López Austin, el *Diccionario de mitología mesoamericana* y el compendio de *Religiones comparadas en Mesoamérica y Asia* de Yolotl González Torres, o los poemas bilingües (náhuatl-español) que Miguel León-Portilla y Ángel María Garibay K. escribieron inspirados al traducir los *Cantares mexicanos*, dan prueba de ello; incluso el que una revista de divulgación como *Arqueología Mexicana* siga viva desde hace más de tres décadas, empero, se debe a que publica estudios de tinte académico pero también muchos de sus autores han encontrado un estilo propio, reconocible, que atrapa al lector y lo mantiene a la espectativa, y pienso en la mayista Mercedes de la Garza, en la estudiosa de Teotihuacan Linda Manzanilla, en el aztequista Leonardo López Luján, en el etnohistoriador Félix Báez-Jorge, y un larguísimo etcétera. A pesar de que muchos arqueólogos emplean "literatura" y "bibliografía" como sinónimos (siguiendo la tradición anglófona), hay algunos que nos empeñamos en creer que un texto científico puede trascender a la academia gracias al tratamiento estilístico con que cuidadosamente lo urden sus autores. Hará falta esperar a que los críticos literarios añadan en la historia

de la literatura mexicana un capítulo, amplio y fundamental, sobre la arqueología como una de sus principales fuentes.

APUNTES ADONDE SALE EL SOL

Bernal Díaz del Castillo nació en 1496, en Medina del Campo, cuatro años después de la expulsión de los judíos de España, la toma de Granada (y con ella el fin de los califatos musulmanes en la península ibérica), la unión de los reinos de Castilla y Aragón (con el matrimonio de Isabel la Católica y el rey Fernando), y la odisea del "descubrimiento" del Nuevo Mundo, que pintas daba ya de ser muy viejo. Al recordar la llegada a las playas de jade de Chalchiuhcueycan, en lo que llegaría a ser la Villa Rica de la Vera Cruz, Bernal Díaz del Castillo escribiría, aludiendo a los indios que llama naborías y lope-lucios: "Y se vienen derechos a nosotros, como que nos venían a ver de paz, y por señas nos dijeron que si veníamos de donde sale el sol, y respondimos por señas que de donde sale el sol veníamos". Francisco López de Gómara, en su *Historia de la conquista,* reitera: "los indios de la costa, sabida su venida, saliéronle a recibir a los caminos con presentes de oro e comida e mantas".

En Quiahuiztlan y Cempoallan, ancladas las naos en las costas de Chalchiuhcueycan, en Tlillan Tlapallan, la región de la Franja Rojinegra, los españoles encontraron en los naborías y lope-lucios a los primeros aliados de la empresa de la Conquista tierra adentro. El risco, el mar y la vista son una, pensaron los españoles al mirar el sitio de Quiahuiztlan, trepado en un peñasco desde el cual la mar se despliega como un remanso de aguas diáfanas; nadie podría invadir esta fortaleza, allí donde se esconden inciertas las tumbas totonacas. Cempoallan, con sus muros adobados de mampostería dividiendo la urbe en cuadrantes abiertos y espaciosos, parecía a los delirantes ojos ibéricos hecha de plata. La llamaron Villaviciosa, y su plaza ha de ser más grande que la de Sevilla, señaló un entusiasmado Cortés en la

segunda de sus *Cartas de relación* de 1520. Frente a esa plaza, gobernada otrora por el Cacique Gordo Chicomecóhuatl, señor totonaca que fue el primero en aliarse a la empresa de la Conquista a causa del flagelo que sufría su pueblo por los tributos a Tenochtitlan, dibujé un poema, tracé un caligrama:

pirámide
pirámide pirámide pirámide
pirámide pirámide pirámide pirámide pirámide
almena almena almena almena almena
muro muro muro muro muro muro muro muro muro muro muro
muro muro muro muro muro muro muro muro muro muro muro

El "príncipe de los cronistas", como se le ha llamado a Bernal Díaz del Castillo, escribió la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, terminada cuando era ya octogenario; es a un tiempo una fiera réplica a los cronistas informados de segunda o tercera mano, como López de Gómara, confesor de Cortés (de quien obtuvo la información para su crónica), a quien no deja de desmentir a lo largo de todo el libro; una reivindicación de los "verdaderos conquistadores", aquellos que, después de conquistar México Tenochtitlan, vivieron en la ruina, sin verse nunca gratificados con las ínsulas que se les prometieron quijotescamente; y es también (¡y qué mejor!) una novela, una gran novela, una de las más sabrosas y desgarradoras que pueden leerse. Terminada de escribir hacia 1575, la *Historia verdadera* es un compendio del cosmos de su autor: un relato de caballerías, donde en vez de dragones vemos al gobernador de Cuba (Diego Velázquez) y al presidente del Consejo de Indias (el obispo Juan Rodríguez de Fonseca) enfrentándose a la empresa cortesiana; en vez de cíclopes, lotófagos y lestrigones, nos encontramos con culhúas, totonacas y tlaxcaltecas; la memoria histórica del buen alférez Bernal Díaz no se escapa del sentimiento griego de aventura ni del afán cristiano de la victoria ante

los infieles. Alejo Carpentier lo llamaba el único y fidedigno libro de caballerías jamás escrito. Antecede por varias décadas a *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (publicada en dos partes, en 1605 y 1615), y, sin embargo, contiene ya los elementos esenciales que perfilarán a los relatos etnográficos del siglo XX y los recursos predilectos de la ficción (es decir, mudar la trama en tiempo y en espacio, travestirla con el ropaje de la ironía y la sátira, pasar por profano lo que es sagrado, hacer popular lo culto, culto lo popular) que implementarán titánicos novelistas como Victor Hugo y Mario Vargas Llosa.

Bernal Díaz del Castillo murió en 1584, en Santiago de Guatemala, "y por mi ventura no tengo otra riqueza que dejar a mis hijos y descendientes, salvo esta mi verdadera y notable relación", dice bellamente en su página prima. Su inmensa obra se conocería póstumamente, en 1632.

El 8 de noviembre de 1519 son recibidos en México Tenochtitlan los blancos, apestosos y barbudos *teúles*. El valle desenrolla su transparencia y en el centro del lago la ciudad resulta como un corazón que delira. Bernal Díaz del Castillo, entonces un muchacho de veintipocos años, marinero y sin estudios ("yo, como no soy latino", dice con frecuencia, refiriéndose a que no sabe latín, y tampoco es un leguleyo, o sea, un hombre de leyes, como sí lo era su capitán Hernán Cortés), rememora el paso por la anchurosa calzada de Iztapalapan, atosigado por el paisaje luminoso y henchido de la luz del Cem Anáhuac, "que no sé cómo lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni vistas, y aun soñadas, como víamos" (cap. LXXXVII).

Motecuhzoma Xocoyotzin, Huey Tlahtoani de la Excan Tlahtolloyan, la Triple Alianza, es descrito de una manera muy similar a como Marco Polo, en el siglo XIII, caracteriza a Kublai Kan, el señor de China, nieto de Gengis Kan: alguien que da la primera impresión de ser un ente pleno y suprahumano, imagen de la gracia y la opulencia, el boato y la pompa, dueño de un vasto

territorio que ni él mismo sabe qué extensión tiene, epítome del soberano crédulo y bonachón con retazos de déspota oriental.

Motecuhzoma Xocoyotzin Omomeh (Montezuma lo llama Díaz del Castillo; Muteczuma, Cortés) sabía bien de las nuevas de los recién llegados. Tenía ya noticias de la venida del capitán Hernández de Córdoba, que exploró Yucatán y la Costa del Golfo en 1517, y de Juan de Grijalva, que llegó hasta el río Pánuco, al año siguiente. (Posiblemente el Huey Tlahtoani hasta noticias tuvo del naufragio de Valdivia, en 1511, del que sobrevivieron Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, Ulises y Eneas de la epopeya de la Conquista.)

Los informantes de fray Bernardino de Sahagún se dedicaron a mediados y finales del siglo XVI a plagar de páginas fantásticas los presagios o *tetzáhuitl* con que dichas noticias asediaron al corazón de Motecuhzoma. ¿Llegó a sufrir cierta paranoia el hombre más poderoso del Cem Anáhuac? Quién sabe. Pero la coincidencia del arribo de los europeos con el mito de retorno de la Serpiente Emplumada es ya de por sí novelesco: "y que verdaderamente debe de ser cierto que somos los que sus antecesores, muchos tiempos pasados, habían dicho que vendrían hombres de donde sale el sol a señorear estas tierras, y que debemos ser nosotros", recuerda Díaz del Castillo.

La primera impresión de Motecuhzoma se va transformando en un sentimiento que al buen alférez Bernal, a los conquistadores verdaderos y luego a los frailes coronistas les pareció melancolía –un sentimiento muy medieval, causado por la bilis negra, considerado una enfermedad en el imaginario europeo–. Pero las fuentes indígenas nahuas expresan más triste y hermosamente el sentimiento de Motecuhzoma; lo llaman *omeyolloa:* se le partió en dos el corazón: tenía dudas.

Los delirios de Motecuhzoma Xocoyotzin y la historia del memorioso Bernal Díaz del Castillo son dos caras de la épica de la Conquista. Aquellos solo son constatables por los relatos dejados por cronistas y testigos; esta, es el retrato fiel de un autor que rumia el rencor en su memoria y extrae sus achaques enmohecidos de antaño. Los delirios paranoicos de Motecuhzoma son un

dilatado soliloquio mortuorio, un estado psicológico alterado –ya por yerbas, hongos y ungüentos alucinógenos, ya por los consejos de un séquito confundido e iracundo– que, de conocerlo, hubiera podido ayudarnos a explicar el trauma del destino truncado no solo de un imperio, sino la caída en picada de toda una civilización. "Moctezuma –anota Octavio Paz en su *Piedra de Sol*– en el lecho de espinas de su insomnio" es la imagen perfecta del soberano derrocado, del titán de piedra derrumbado por sus pies de barro. La crónica de Bernal Díaz del Castillo nos explica la terrible tragedia española donde no existe ninguna victoria, pues entre vencedores y vencidos hay una derrota compartida, que no por estar dividida entre todos les tocó menos a cada uno.

Tlillan Tlapallan, la región del Rojo y el Negro, es el mítico travesaño por el cual el rey divinizado huyó, humillado y ofendido, en una balsa prometiendo algún día retornar, después de haber sido timado por su alter ego Tezcatlipoca. Los nombres Oriente y Levante le quedan cortos a esa región, *llena de tiburones y de historia,* el lugar por donde entró, como una herida, el dilema trágico de la Conquista, el porvenir de una nación. En los códices mixtecas, la Costa del Golfo aparece delineada como una enorme franja rojinegra que sostiene a la Casa del Cielo, el atlante arrebol y la cariátide aurora de la bóveda celeste, el punto donde la épica y la historia se tocan. Allá adonde sale el Sol. Allí todo comenzó. Todo.

UNA BROMA DEL TIEMPO

La arqueología es el psicoanálisis de la Historia. Excava hasta hallar la roca madre, la capa estéril, allí donde deja de ser la cultura un estudio de la tierra.

La arqueología, paradójicamente, es una broma del tiempo. Una cruel treta que se encarga en urdir las eras. Es no solo un campo disciplinar, un arte, una ciencia, un *modus vivendi* y un *modus operandi* –un estilo y una filosofía de vida–. Las técnicas se perfec-

cionan, los métodos se afinan. Hoy nos parece locura excavar dinamitando montículos y pirámides con pólvora y aguarrás. Quizás en un siglo, cuando seamos los arqueólogos de hoy los sujetos de estudio de los arqueólogos del mañana, se reirán de nuestra obsesión por la minucia, el afán de hallar hasta el más atómico dato en los isótopos de una muela o en las moléculas de un resto polinizado o en un coprolito del Preclásico.

Nunca hay que descartar que seremos risibles ante los ojos del futuro.

MAX

Museo en griego significa casa de las musas. Recorro las galerías de mi favorito, al que acudo por cariño, por sed de fraternal extranjería, en busca de constante e irrepetible asombro. De estudiante, fui voluntario de las guías turísticas los fines de semana. No lo hacía tanto por las propinas (las mejores siempre fueron las de los extranjeros), sino por una necesidad estética.

Cada vez que voy al Museo de Antropología de Xalapa, el MAX, cada que camino por sus galerías y patios llenos de cabezas colosales, fauna petrificada, sacerdotisas de terracota y pétreos tronos de magníficos señores de antaño, confirmo la máxima de Tertuliano: *prorsus credibile est, quia ineptum est* ("es creíble precisamente porque es de no creerse"). Un tlacuilo chichimeca, heredero nulo de todo lo que contempla, camina por el pasillo; se detiene a escribir un haikú:

mitos de piedra
vitrinas y pasillos
sueños de barro

Olmeca, totonaca y huasteca. Estas son las tres grandes "culturas" que las personas que contrataban mis guías, cuando era voluntario

en el MAX siendo estudiante de Arqueología, usualmente asumían que era experto. Pero este experto en olmecas terminaba defraudando al turista cuando respondía que estos (tal y como nos los imaginamos) ni siquiera existieron. La decepción se incrementaba al decirle, con cierta satisfacción en mi rostro, que los olmecas fueron inventados en la década de los veinte del siglo pasado. (Y situaciones similares aplicaban para los totonacos y huastecos.)

El turista se sorprende; me sigue preguntando por esta pieza o por aquella; intento saciar sus dudas con lo que sepa –y si no lo sé, me lo invento–. Explico que los olmecas eran efectivamente los habitantes prehispánicos del sur de Veracruz, pero en la época de los mexicas o aztecas (Posclásico Tardío, siglos XIII-XVI d. C.); y que los llamados "olmecas arqueológicos", los que hicieron las famosas cabezas colosales, las figurillas *baby faces* y los fabulosos tronos (mal llamados a veces altares), vivieron dos mil años antes de la era de los mexicas. El vocablo náhuatl *ulmécatl* se refiere a la "gente de la región del hule". Incluso en algunas crónicas novohispanas, explico, los olmecas son referenciados para hablar de los habitantes del Altiplano Central (los olmecas xicalancas), que importaron una tradición cultural foránea desde el sur y que los arqueólogos hemos identificado con los pintores de Cacaxtla, en Tlaxcala, y probablemente con los mayas que habitaban los límites de la Costa del Golfo con el Área Maya (en la región de Xicalanco), entre los siglos VII y X d. C. "Olmecas, totonacas, popoloca-mazatecos, toltecas: nombres. Los nombres van y vienen –dice Octavio Paz–, aparecen y desaparecen. Quedan las obras […] Nombres: fechas: máscaras: imágenes." Continúo mi recorrido imaginario, entre recuerdos de turistas y de mis amigos arqueólogos que, al igual que yo, son expertos simulados en olmecas, totonacos y huastecos. Contemplo las enormes cabezas colosales. Me es imposible intelectualizarlas. Sucumbo al arrebato lírico:

¿Cerros o piedras,
reyes, guerreros, dioses?
Decapitados.

En la región del Istmo de Tehuantepec se dio al final del periodo Preclásico (continúo mi explicación imaginaria), en el llamado periodo Epiolmeca (400 a. C.-150 d. C.), un fenómeno que denomino "la primera revolución intelectual de Mesoamérica", es decir, el surgimiento de los primeros calendarios sistemáticos y el conteo matemático basado en un sistema vigesimal, partiendo de la observación minuciosa de los ciclos naturales. Cinco dedos tenemos en cada extremidad, explico en mi delirio, y cuatro son nuestras extremidades. Cinco por cuatro son veinte. Veinte por veinte son cuatrocientos. Cuatrocientos es una metáfora de infinito o innumerable. Las estrellas son cuatrocientas en los relatos míticos. Los nahuas cuentan de cinco en cinco *(ce, ome, eyi, nahui, macuilli, chiacuace, chicome, chicueyi, chicnahui, mahtlacli),* y todo se va multiplicando exponencialmente… Compartiendo con los zapotecos y los mayas estos avances, la tradición istmeña consolidó la volátil cosmovisión de los orígenes de la civilización a partir de la concreción de refinados sistemas de registro gráficos. Los olmecas no fueron la cultura madre, como aseguran los libros de la SEP, pero sí fue un pueblo catalítico exportador de grandes ideas y avances científicos que perfeccionaron otras culturas en otras geografías.

Pero en la Costa del Golfo hay más que olmecas, totonacos y huastecos. En realidad, lo que conocemos como totonaco no es sino una pluralidad de estilos cerámicos y arquitectónicos coexistentes en regiones y tiempos colindantes. Elementos como las "caritas sonrientes" o la arquitectura de "nichos" de El Tajín y Yohualichan son elementos que no rebasaron sus respectivas fronteras, y que, al contrario, parecen haber sido conocimientos celosamente guardados por sus hacedores en sus meras regiones. Hoy se acepta que en la Costa del Golfo habitaban (como hoy habitan) mijes, zoques, popolucas, nahuas, otomíes, totonacos, tepehuas, así como convivían tradiciones alfareras y arquitectónicas que eran sobre todo símbolos identitarios. Baste señalar que a la llegada de los primeros españoles, en los albores del siglo XVI, en la Costa del Golfo se hablaban al menos veinte lenguas distintas.

Como en el caso del área occidental de Mesoamérica, los ritmos de complejidad social estaban designados por las dinámicas locales, más allá de depender de los ritmos de las grandes urbes nucleares. Sin embargo, tras la caída de Teotihuacan, tuvo esplendor El Tajín (800-1100 d. C.), que fue inicialmente un enclave teotihuacano, pasando a ser después un regulador económico independiente en la región de Papantla. En El Tajín se dio el esplendor del culto a los dioses que son tanto del viento como de la lluvia, cuyas imágenes se reúnen en el tormentoso dios Tajín. Los pensamientos papalotean en imágenes, las ideas caracolean en un laberinto escalonado. Paseo entre yugos, palmas y hachas. Efigies votivas de pensamientos petrificados desde que se hicieron. Una de ellas es un lindo batiburrillo: la cabeza de un perrito muerto, con la lengüita de fuera y una estera en el tocado; una mano, símbolo del movimiento, que intenta asir una vírgula, volátil viento, le decora el tocado. La sensibilidad de la forma se depura en sí misma. No puedo evitarlo. Me detengo en mi recorrido imaginario y bosquejo otro poema, esta vez un tanka, primo mayor del haikú:

Ruinas de ciudad,
de la neblina emergen
las pirámides,
imagen, semejanza
de las grandes montañas.

La Huasteca ocupa la frontera nororiental de Mesoamérica. Habitada por otomíes, chichimecas y huastecos (teenek), el área toma nombre por un antiguo mito nahua en el cual un mercader teenek llamado Cuextécatl enamoró a la princesa de Tollan, lo que despertó la ira del rey tolteca y proclamó la guerra contra ese pueblo *tohueyo* (nuestro vecino), también llamado *cuextécatl* (huastecas, que en náhuatl significa "desnudos" o, peyorativamente y más acertado, "encuerados").

Increíblemente, los pueblos teenek hablan una lengua que no se emparenta ni con las lenguas otomí, nahua o totonaca, sino con la familia mayense. Se sabe que la lengua teenek se separó hace aproximadamente cuatro mil años de sus lenguas primas y se quedó anclada al norte de Veracruz, el sur de Tamaulipas, el oriente de San Luis Potosí y la Sierra Gorda de Querétaro.

Para muchos investigadores, los teenek no tienen tantas afinidades con Mesoamérica como sí la tienen con las culturas del Misisipi o incluso con el suroeste de Estados Unidos, en la región de las Cuatro Esquinas (Colorado, Arizona, Utah y Nuevo México), con los indios pueblo y anasazi. Sin embargo, la gran mayoría de los arqueólogos acepta a los teenek dentro de los límites culturales del área de la Costa del Golfo.

Al igual que las culturas mesoamericanas del Occidente, los teenek desarrollaron una refinada tecnología metalúrgica y tuvieron un ritmo de vida independiente y más holgado, en comparación con el que se vivía en el resto de la urbana Mesoamérica, aunque sí existía una comunicación lingüística y económica con otras áreas. Pero no es sino hasta el Posclásico que empieza a haber una presencia muy fuerte de los toltecas en la Huasteca, como lo atestiguan los monolitos de dioses como la Serpiente Emplumada, Tlazoltéotl o diosas lunares de la fertilidad, que posan sus manos en los vientres como conteniendo espasmos menstruales, llamadas T'eem, y que solemos asociar con la propia Tlazoltéotl, la devoradora de inmundicias. Todas estas deidades las fotografió *in situ* alguna vez Juan Rulfo, explico, entusiasmado.

Los teenek nunca pudieron ser conquistados por los mexicas, por la simple razón de que nunca formaron una sociedad estatal homogénea, lo que a la larga constituyó una gran ventaja de cara a sus enemigos. Al derrocar la capital de un reino, sucumbe tras ella el reino entero como un cuerpo decapitado. Pero la organización cacical de los teenek permitió que, a pesar de la unidad cultural, la diversidad política dificultara la expansión territorial de la Excan Tlahtolloyan, la Triple Alianza, hacia la región de los tohueyo, nuestros vecinos.

Se entremezclan las memorias de lo visto, lo estudiado, lo aprendido y lo inventado. Ante mí, mis palabras me juegan una treta. Despierto de mi ensueño, pero los imaginarios turistas siguen preguntándome por los nombres de los dioses y las épocas, tipos y culturas. Las preguntas de los niños, preñadas de inocencia, resultan siempre las más ingeniosas, las que hacen volver a mis paradigmas establecidos, rompiéndolos con el hacha de la ingenuidad demoledora. Los arqueólogos, empero, cuando no sabemos algo, lo inventamos. La imaginación es la herramienta predilecta del arqueólogo. Pero, como toda herramienta, si no se sabe manejar con experticia, es la espada de Damocles. Toda respuesta es buena, excepto: "Quién sabe". El arqueólogo ha fracasado cuando su respuesta es así de llana.

En una ocasión, recuerdo estar dando guía a un grupo de turistas mexicanos, y entre ellos a una pareja de padres despreocupados con un niño lleno de asombro ante las piezas del museo. Yo hablaba del lenguaje corporal que distingue a los hombres de los dioses.

Para saber si los personajes retratados son guerreros, los verán de pie, ataviados bélicamente, con escudos y lanzas. Si se trata de personajes de la nobleza, normalmente estarán sentados en flor de loto. Noten esta bella figura de cerámica, con un sensual huipil que solo cubre un pecho. Miren ahora la hermosa tilma con xicalcoliuhqui, las grecas escalonadas, de esta sacerdotisa de terracota. Si caen del cielo y parecen lagartijas es porque son deidades cósmicas que descienden a la tierra. Si son dioses, invariablemente los verán postrados, a veces con los brazos cruzados, recargados en las rodillas; otras, en posición de flor de loto. Y, como el antropólogo Franz Boas, procedía a postrarme e imitar mímicamente los retratos que describía. Paseo por los corredores y las galerías, que me sé de memoria, haciendo el ridículo con mis mimos. Continúo:

Pocas regiones mesoamericanas brindaron un corpus tan detallado de deidades que después serían apropiadas por otras culturas, como lo fue la región central de Veracruz, el llamado Totonacapan.

En esta región semiárida se tiene el antecedente de muchas deidades que después serían registradas por los cronistas españoles, como el dios primaveral Xipe-Tótec, las Cihuateteo (las mujeres muertas en vida y vivas en la muerte), la telúrica Tlazoltéotl y sus vasijas efigie, el enigmático Ehécatl y sus máscaras de pato en El Tajín… ¡Ah, miren!, esas son las Cihuateteo, las diosas madres fenecidas al parir; los ojos cerrados y la boca abierta representan la vida y la muerte: emanan un aliento, el *tona,* nuestra carne y mantenimiento. Y allá está Xipe-Tótec…

De pronto, el niño me pregunta:

—¿No dijiste que todos los dioses están sentados?

—Así es.

—¿Y por qué este y aquellas están de pie?

Caí en mi propia trampa. Me siento desarmado. Pensamientos aleatorios acribillan mi cabeza. Se trata de "nuestro señor el desollado" y "el que tiene miembro viril". Dios de la primavera. Lo vemos de pie, en efecto, con una piel mudable (¿serán escamas serpentinas o el follaje de un frondoso árbol?) y, al igual que las Cihuateteo, tiene los ojos cerrados y la boca abierta. Carlos Fuentes escribió que era la divinidad más impresionante del MAX. Y se trata, además, de deidades posiblemente vernáculas de la Costa del Golfo, que fueron adoptadas por el panteón mexica un milenio después… Pienso estas y mil cosas, y no sé explicarle a un niño por qué aparece de pie, y no sedente, como sus congéneres, tal y como yo venía explicándolo. Cavilo en mi mente las respuestas posibles. Acaso se trate de un *ixiptla,* un esclavo ataviado como el dios, un "dios humanado", diría sor Juana, predispuesto al sacrificio, que puede compararse con los constantes atavíos que los mexicas les enviaban a los españoles para hacerlos retratos en vida de sus deidades, una encarnación de los númenes en la tierra, que podían ser aniquilados en un fiero sacrificio, cuando llegaran a Cholollan, el santuario de la Serpiente Emplumada. No, no, no, es demasiado enredoso decirle eso.

—Quién sabe… –contesto.

No sé cuál sea el caso de otras ciencias, pero el de la historia de la arqueología está lleno de paralelismos asombrosos. Ha creado arquetipos que ya están arraigados en la cultura popular gracias al cine y a la literatura. C. W. Ceram, un periodista exnazi que fue un gran divulgador de la arqueología, escribió uno de los mejores libros sobre la materia, *Dioses, tumbas y sabios.* Él mismo lo subtitula una "novela de la Arqueología", como si quisiera darnos una pista de cómo quería que fuera leído. El maravilloso libro de Ceram se centra en momentos extraordinarios de la historia arqueológica en Mesopotamia, Egipto, Grecia y Centroamérica, con personajes reales y hechos comprobables; además, se lee como una gran novela. Ceram tiene ese raro don del que suelen carecer los eruditos: un buen estilo.

De acuerdo con Ceram, el arqueólogo debe saber presentar lo que descubre con descripciones generosas en "expresiones brillantes y conceptos audaces sobre el mundo descubierto", y así poder ganarse tanto al público neófito como al profesional. Es inevitable señalar que el avance de la arqueología está siempre emparentado con el de las artes y las ciencias. La arqueología es prima hermana lo mismo de la fotografía y el cine que de la botánica y la geología; ha sabido tomar prestado siempre a su conveniencia los avances tecnológicos, así de la cámara lúcida como de la geodesia satelital y, normalmente, gracias también a los arquetipos de la cultura popular, el arqueólogo ha sido asociado al erudito y al políglota por excelencia. (¡Indiana Jones aprendió quechua con los revolucionarios de Pancho Villa!)

Los arqueólogos pioneros siempre estuvieron secundados por artistas que los acompañaban en sus expediciones. Eugène Flandin retrató los descubrimientos mesopotámicos de Paul-Émile Botta; el dibujante Vivant Denon pintó la Comisión Egipcia auspiciada por Napoleón; y Frederick Catherwood, con daguerrotipo y pincel, ilustró sus viajes con John Loyd Stephens por las apretadas selvas

del Mayaab. El arqueólogo por lo general escribía un libro que terminaba ilustrando su artista viajero.

Hay un término en náhuatl que sirve para hablar de aquello que está escrito o pintado: *tlacuilolli.* Y como los sistemas escriturarios mesoamericanos son esencialmente jeroglíficos, el *tlacuilo* era aquel que conocía los secretos de *in tlilli in tlapalli,* "lo rojo y lo negro", la tinta con que se escribe pintando. Jamás me ha convencido demasiado el término "Mesoamérica" para hablar de la macroárea cultural donde se desarrolló una de las seis civilizaciones prístinas del orbe.[3] Siempre me ha gustado más un término náhuatl, *Amoxtlalpan*, que significa Tierra de Libros. Y es que no solo los códices de papel amate o de piel de conejo o venado eran los libros de estos pueblos que habitaron México y Centroamérica. Las piedras que fueron cinceladas como dinteles y estelas, las maderas y los huesos que fueron grabados con fechas calendáricas y nombres propios, los hombres y dioses de cerámica con un signo posado en el tocado o en el pecho, fueron, a su manera, también libros, depósitos de significados y manantiales de sentido. Amoxtlalpan fue, más que nada y qué mejor, una tierra civilizada cuyos pueblos produjeron escrituras capaces de contener sus pensamientos y sentires. Una matrícula tributaria mexica, una estela de conquistas de Yaxchilán, los muros de un edificio zapoteco de Monte Albán, una cueva con arte rupestre en Zacatecas o los murales otomíes de Ixmiquilpan y Atotonilco son todos libros a su manera.

Me gusta pensar en mí mismo no como un escritor, sino como un tlacuilo, un escriba, un artista de la tinta roja y negra. Mi afición por la arqueología se ha alimentado también por mi pasión por el estudio de las lenguas. La poesía del náhuatl clásico es una de las grandes herencias inmateriales del Amoxtlalpan, y su estudio y traducción han resultado un gran sustento en mi vida. Es una de las pocas expresiones literarias que sobrevivieron (por

[3] Las otras cinco son Mesopotamia, Egipto, Valle del Indo, China y los Andes.

medio de la tradición oral, y luego por la introducción del alfabeto latino) a la Conquista y la Colonia. Presenta ella las esenciales preocupaciones humanas: el papel del hombre en el universo, la contemplación de la efímera existencia, la amistad, la guerra… *In xóchitl, in cuícatl,* le decían, "la flor, el canto". *Xochitlahtolli,* "la palabra florida", metáfora de la Poesía. Con las siguientes traducciones (viejas palabras de otros tiempos e idioma ajeno), busco darle nuevos sentidos a poemas ya revisados por grandes aztequistas, como Ángel María Garibay y Miguel León-Portilla. No conforme con las versiones que encontraba de la poética náhuatl (con la conjugación de "vosotros" o locuciones arabescas como la expresión "ojalá"), me di a la tarea de crear mis propias versiones. "Libro de pinturas es tu corazón…", dice un bello verso de un anónimo poeta nahuatlato.

Durante el periodo Posclásico Tardío (siglos XIV-XVI), los reyes aztecas eran afamados no solo por sus hazañas bélico-políticas, sino también por su vuelo lírico y agudeza retórica. He aquí algunos de los cantos que sobrevivieron el infausto escrutinio del tiempo, algunos adjudicados a grandes reyes-poetas, como el afamado Nezahualcóyotl de Tetzcoco o Tecayehuatzin de Huexotzinco; otros, son pequeñas obras maestras anónimas, epigramas perfectos. Todas me parecen representativas de los temas que menciono previamente. Conservo la división versificada de Garibay encontrada en *La literatura de los aztecas* (Joaquín Mortiz, 1964) y *La tinta negra y roja,* de León-Portilla (Era, 2008), así como la ortografía antigua.

Ilhuicpah cuicani	**Al cantor**
Amoxtlahcuillolli moyol.	Libro de pinturas es tu corazón.
Xoncuica, ticuicamitl,	¡Cantas tú, cantor!,
titzotzoa mohuehueuh, ticuicani.	tañes tu atabal, ¡oh, cantor!
Xopancalihtic	Dentro del aposento del estío
titehuiltía.	eres transparente.

In tlacuilolcalli

In tlacuilolcalli
in noncuicaamoxtlapal,
noconzocouhtimani,
noxochialotzin,
nontlatetotica,
in tlahcuilocalitic.

En la casa del escriba

En la casa del escriba
yo canto del libro las pinturas,
soy aquel que las despliega,
soy la preciosa guacamaya florida,
mucho es lo que hablo
dentro de la casa de las pinturas.

In itlatoltemictli

¡Auh tocnihuane
tla xoconcaquican
in itlatoltemictli!
xoxopantla technemitía
in teocuitlaxilotl technithuitía
tlauhquecholol élotl
teconcozcatia
In ticmati
ye on tlaneltatocato
iyyollo tocnihuan.

El sueño de una palabra

¡Y amigos,
oigan
el sueño de una palabra!,
en la estación florida vivimos,
nos sosiega el jilote dorado,
el elote rojizo
se nos vuelve collar.
Así se sabe
que son verdaderos
los corazones de nuestros amigos.

(Atribuido a Tecayehuatzin de Huexotzinco)

Cuix oc nelli nemohua oa in Tlaltipac

Niquitoa ni Nezahualcóyotl,
¿cuix oc nelli nemohua oa in Taltipac?
An nochipa Tlaltipac
zan achica ye nican.

Acaso se viene de veras con raíz a la Tierra

Yo, Nezahualcóyotl, me lo pregunto,
¿acaso se viene de veras con raíz a la Tierra?
No para siempre en la Tierra,
sólo un poco aquí.

Tel ca chalchíhuitl no xamani,
no teoccuícatl in tlapani,
no quetzalli poztequi.
An nochipa Tlaltipac
zan achica ye nican.

Hasta el jade se quiebra,
hasta el oro se rompe,
hasta la pluma de quetzal se desgarra.
No para siempre en la Tierra,
sólo un poco aquí.

(Atribuido a Nezahualcóyotl de Tetzcoco.)

Ayac nelli in Tlaltipac

Ipalnemohuani moquequeloa,
zan temíctli in tocotoa,
in tocniuh,
on tlalnetoca toyolo,
moquequeloa yéhuatl.
Tla tomicnoahuican
calitec, tlacuilolpan.
Technemitía in Ipalnemohuani
ye quimate, ye conitoa
in ic timiqui timacehualtin.
¡Ayac, ayac, ayac
nel on tinemi nican!

Nadie es real en la Tierra

El Dador de la Vida se mofa:
sólo un sueño perseguimos,
oh, amigos,
nuestros corazones confían,
mas él sólo se mofa.
Celebremos conmovidos
dentro de la casa de las pinturas.
Nos sustenta el Dador de la Vida,
él sabe, él determina
cómo moriremos los hombres comunes
–los pactados.
¡Nadie, nadie, nadie
de veras mora con raíz aquí!

Nic itta in xóchitl

Quin oc ca tlamati noyollo:
yehua nic caqui in cuícatl,
nic itta in xóchitl:
maca in cuetlahuiya.

Miro aquí una flor

Al fin lo sabe mi corazón:
escucho aquí un canto,
miro aquí una flor.
¡Que jamás se marchiten!

(Atribuido a Nezahualcóyotl de Tetzcoco.)

Precious heart of mine,
nothing I can really know
but I am a man.

*

Mon très petit cœur,
je vraiment ne sais rien, mais
que je suis un homme.

*

Nopilyolotzin,
axquena nicaamati
tel ca ni tlácatl.

*

Corazón mío:
nada yo entiendo, sólo
que soy un hombre.

ERA UN MUNDO DE MUNDOS SUPERPUESTOS



Fragmento de escultura cerámica del Centro de Veracruz
(municipio Ignacio de la Llave). Dibujo de Sara Ladrón de Guevara.

Olvidada en la tierra, sola, inerte
durmió por siglos y generaciones.
No bastaron las mil invocaciones
para emerger su rostro de la muerte.

Un golpe de cincel tuvo la suerte:
reivindicó las viejas maldiciones,
tornándose en plegarias y oraciones,
¡cuánta dicha poder volver a verte!

Es de piedra la cuenta de los días;
el símbolo del Sol es Terremoto,
viejas plegarias hoy son herejías.

Busco tu signo, numeral ya roto,
lo habré de adivinar por otras vías:
tu calendario, territorio ignoto.

CABEZA COLOSAL

Mirada bizca y labios encarnados,
pómulos grandes, casco ornamentado,
talla en basalto tu retrato osado;
tu sueño es de pantanos arruinados.

Sempiterno chamán de hitos virtuosos,
gobernante de nombre hoy olvidado;
podrán a mí tildarme de anticuado,
mas tu imagen refleja días gloriosos.

Regresas para que ya no perezca.
Podré reír ante tu gesto adusto
y dejar que lo oculto se aparezca.

Pues no hallaré en el campo mayor gusto
que estar allí cuando por fin lo ofrezca
y ver tu faz en el momento justo.

COCODRILO

Cipactli era tu nombre, cocodrilo,
fuiste cuerpo de tierra desmembrado
en tierra de jaguar, sierpe y venado,
te ha mutilado el pedernal al filo.

De un día de la veintena fuiste asilo;
huiste de los ritos, desterrado,
ofrenda viva hoy desmoronado,
y colocado para el juego en vilo.

Hallaron hoy tus restos bajo el suelo,
de olvidado ritual pierden sentido,
ya no escucho la música del duelo.

Tu sacrificio es hoy inadvertido,
signo y símbolo van surcando el vuelo:
y contigo va el Cosmos ya partido.

JADE

Piedra verde, pulida y horadada,
joyel en lengua muda de los muertos,
cual grano de maíz entre los huertos,
o en pectorales de héroes anidada.

Cual semilla de historia mutilada,
deseo inalcanzable de pubertos,
o moneda de cambio en nuestros puertos,
apareces de pronto de la nada.

Eres el amuleto ya en mis manos,
evocas de mis sueños el pasado,
y descubres la gloria en sueños vanos.

Otrora fuiste joya de tocado,
cuño legal en los tianguis urbanos;
jade: tesoro mayor que El Dorado.

PIEDRA DE SACRIFICIO

Piedra sacrificial, piedra cortante,
punta de sílex, flecha de obsidiana;
puerta a la muerte ágil y liviana;
filo y final de vida penetrante.

Al instante en que el brazo se levante
del sacerdote bulle sangre indiana;
diáfano surge el Sol al alba diana,
lleva consigo el ánima irradiante.

Y así, día con día el astro vuelve
tras de noches y cielos va surcando,
zanja la oscuridad que nos envuelve.

Brilla infinitamente iluminando
la alimentada piedra que revuelve
la sangre en su periplo derramando.

MICTLANTECUHTLI

Señor de Muerte, ser de arcilla y barro,
que bajo tierra vela tu otredad,
tallado leve, oculto en la humedad,
ofrenda de mil vidas que aquí narro,

ofrendas adornadas que en un jarro,
someten al guerrero en brusquedad,
niños nonatos, niños sin edad,
mujeres parturientas, hoy cacharro.

Después de siglos vuelves a la luz,
cuando tu rostro hirió aquel estudiante
al mentir tu tocado en el trasluz,

sin entender tu mundo circundante,
al difundir tu hallazgo y no su cruz,
sin rendir culto ante tu faz brillante.

Serpientes en su falda y en sus fauces,
serpientes envolviendo su cintura.
Recurrente se arrastra la creatura,
nocturnos y abismales son sus cauces.

Serpenteantes mujeres sin encauces,
nocturnas entelequias sin ventura.
Las sigo fiel, como ellas soy madura,
no busques detenerme, no me pauses.

La ruta al Inframundo es el Poniente,
las serpientes nos marcan el camino;
la peste y la humedad en el ambiente.

Crepúsculo de tinte azul marino,
parto inconcluso, vientre aún latiente:
es la muerte perpetua tu destino.

Jaguar guerrero, cazador nocturno:
tu piel celaje cundido de estrellas,
las manchas de tu cuero marcan huellas,
contemplas siempre muerte, taciturno.

paciente esperas a que llegue el turno
de devolver al Inframundo bellas
tormentas, truenos, rayos y centellas
y luego al alba venza el astro diurno.

Combate del jaguar, batalla y celo,
Monstruo Tierra, devorador sin cese,
te intuyo en esta noche entre mi duelo.

Mi llanto cruel de tu valor carece,
vida tras vida, tan sólo son anhelo,
sólo ceniza, fuego que perece.

TLÁLOC

Señor de las Lluvias y los Rumbos,
largos dientes, redondas anteojeras,
marcas humedad o sequías certeras,
danzas impío dando siempre tumbos.

De nuevo aquí en tu máscara vislumbro
desastres de agua; lloran plañideras
y entre magueyes surten las viñeras
de perdidos saberes que hoy descubro.

¡Quiera la muerte al Tlalocan llevarme
a disfrutar de lo que aquí carezco,
eternamente en tus aguas lavarme

y en cada alba levantarme al fresco,
vivir muerta y dormida quedarme
en las aguas de paz que yo apetezco!

TLALTECUHTLI

Cuadrada como térrea superficie,
como el cuadrángulo del universo,
vientre ocupado por un ser diverso,
mas nunca igual, aunque se le codicie.

Por tu total poder, porque reinicie
tu dominio que hoy se encuentra inmerso
en hondas aguas del océano terso,
el que se traga el Sol para que inicie,

recorrido de dioses tras los cerros
y guerreras también cuando anochece,
los muertos acompañan a los perros.

Deja al Señor que hoy en tu vientre crece
pues al nacer combatirá los yerros,
y muera a pedernal, muerte sin cese.

Mujer caída al parto, muerta diosa,
acompañando al Sol en su camino,
caracoles, serpientes son el sino,
rictus letal, de cuerpo y faz dolosa.

La guerrera inmortal, la eterna hermosa:
Satélite ha de ser nuestro astro albino,
Vía Láctea luchará tu andar más fino
morada de difuntos será fosa.

Son cinturón las fauces de serpientes;
serpientes hay también en su tocado;
estela deja cauda de dolientes.

A medias ha quedado ya su hilado,
única herencia que dará a parientes;
gloria que despojados no han probado.

COYOLXAUHQUI

Cuerpo girando, evocación de Luna
aunque fueses ya muerta desmembrada.
Si bien tu imagen se mostró animada
tu hermano el Sol te masacró en la cuna.

Hoy apareces plena tras la duna:
Un conejo en tu cara lastimada,
ebrio atraviesa frente a mi mirada.
Eres sustento de quien fuera ayuna,

eres forma de mi alma recurrente,
la alfarera no pudo ni con torno
reproducir tu resplandor pendiente.

Otra vez has huido de mi entorno,
apenas nace el Sol en el Oriente,
y refrenda otra vez con su retorno.

Era un mundo de mundos superpuestos,
un árbol sosteniendo cada esquina
y en redondo la bóveda domina
casa perenne de dioses opuestos.

Los mundos inferiores de los muertos
y el camino del Sol, huella divina,
de dios a diosa do su faz culmina
complementando noche y luz cubiertos.

Era universo de la vida y muerte,
uno forjado en términos contrarios,
do el débil vale tanto o más que el fuerte.

Mujer y hombre son complementarios.
La vida no se acaba con la muerte:
son ciclos celebrados en santuarios.

LOURDES BUDAR

¿NO OYES LADRAR A LOS PERROS?

Juan Rulfo nombró uno de sus emblemáticos cuentos con un nombre muy similar a este mismo que escogí, obviamente lo hice porque es una de las narraciones que más me gustan de *El llano en llamas.* En general, pero particularmente en esta obra, los perros representan el ruido en el paisaje oscuro, solitario y desolador que crea Rulfo en su universo-fotografía de un México posrevolucionario, la desesperanza con que se vivía en la zona rural que delinea en nuestras mentes con palabras. Rulfo hace que los perros ladren así a las ausencias como a las presencias, y que enmudezcan cuando existen anhelos de redención; sus silencios anuncian que no hay perdón para las almas con una moral miserable.

En mi historia los perros, más que ruido, son el paisaje. Son presencias constantes, anclas en mi memoria que catalizan los recuerdos y las anécdotas. Desde mis privilegios, he podido establecer relaciones afectivas y de cuidados con estos animales, mismas que me impiden comprender y juzgar severamente el maltrato y la violencia hacia esta especie tan desafortunadamente dependiente de

nosotros. Cuando estoy en trabajo arqueológico de campo, sufro por ver las condiciones de vida de estos –y otros– animales; por supuesto, soy capaz de reconocer que la vulnerabilidad y las carencias, la desigualdad con la que se vive en las zonas rurales alcanzan no solo a las familias, sino a sus animales de compañía y trabajo. También lo veo en las ciudades, no es exclusivo de las zonas rurales; muchas veces los fenómenos de maltrato animal responden al consumismo y a la falta de conciencia. En fin, que los perros me pueden, los veo y a menudo cruzan por mi memoria.

DE CUANDO ADOPTÉ A UN DIOS TUTELAR

Teníamos prisa, ella de llegar a una reunión y yo de vivir, como si alguien estuviera apurándome y en realidad nadie lo hacía. "Doctora, doctora… ¿puedo hablar con usted?", le dije nerviosa a paso veloz. "Sí, pero vamos caminando a la salida y sé concreta, porque tengo que llegar a una reunión". Apretamos el paso y cruzamos rápidamente las salas del Museo de Antropología de Xalapa. Con mucho nervio le conté, lo más rápido que pude, mi intención de hacer una investigación para titularme y pedirle que fuera mi directora de tesis. Los nervios que sentía radicaban en la negativa imaginada. Sucede, como en todos los rituales de paso, que existe un imaginario y un misterio alrededor de ellos; se suponen, se anhelan, se sueñan, se sospechan y se transitan de una manera ceremoniosa, pero cuando uno cruza ese umbral, ya parecen cualquier cosa.

En ese entonces, titularse de la licenciatura me parecía que era lo mejor que haría de mi futuro; y mientras escribo esto, veo a la distancia lo absurda que resulta la frase "tener todo el futuro por delante". En realidad, creo que es tan solo un momento imaginado y no existe más que como esperanza. ¡Ah, cómo nos gusta llenarnos de sueños y esperanzas! Y es que en realidad estaba apurando el proceso, tal vez ese fue el inicio de mis prisas, me faltaban dos años

para terminar siquiera las clases y ya estaba metiendo un clavado en el proceso de la tesis. En fin, regreso.

"Sí, yo te dirijo, pero ¿en qué semestre estás? No te alcanza para eso que quieres hacer", me dijo firme mi futura directora de tesis de licenciatura cuando le expuse mi intención de hablar de los símbolos que tenía grabados una estela que según yo se parecían al glifo Ollin. En un segundo regresé a mi infancia, me vi con monedas en la mano y frustrada sin saber calcular los precios, diciéndole a la tendera de la esquina: "Doña Helenita, ¿para qué me alcanza?" ¡Vaya! Y yo, que tenía miedo de la negativa, había ensayado durante semanas para pedirle a la doctora que me asesorara, pero el "no te alcanza" me hizo ver que puse toda mi atención en el lugar incorrecto. Ahora tenía directora, pero no tenía tema, que parecía lo más importante.

Debió haber visto salir mis ideas por las orejas o escuchó un chirrido de llantas frenando en mi interior; o tal vez vio la expresión de mi cara porque se detuvo a medio camino. "Mejor intenta algo con un dios, por ejemplo… Jomxuk." La idea se la dio el descanso, pues paramos justo al lado de la escultura ovoide que, según algunos (y ella misma), representa a esta deidad popoluca. Por supuesto, no tenía idea de qué me estaba hablando ni sabía quién era ese señor. "Cuando tengas una idea me buscas y seguimos platicando, hay tiempo." Yo no tenía tiempo, necesitaba salir de ahí, tal como necesité salir de casa de mis padres; desde esa edad ya vivía con prisa, quería acabar pronto con todo para caer en lo que se supone que seguía, pero estando ahí repetía el procedimiento. Ahora veo que las prisas te llevan como viaje en tren bala, hacen que te pierdas los paisajes y sabes que llegaste a tu destino solo cuando el tren para y te asomas a leer el letrero de la estación o con suerte una voz te dice dónde estás. No las recomiendo.

Aquel instante lo hemos platicado en varias ocasiones ella y yo. Lo que aún no sabe, y se enterará cuando lo lea, es que en mi mochila de mezclilla deslavada llevaba la libreta de bocetos de la clase de dibujo arqueológico con montones de trazos de cada

glifo –de cerca, de lejos, de costado– de la Estela 1 de Piedra Labrada.

En efecto, tenía razón, no me alcanzaba. Había juntado apenas unas cuantas monedas teórico-metodológicas y me faltaba casi un año para tener la mayoría de edad y dos para acabar la carrera; conocía poco de cualquier cosa, no sabía ni siquiera dónde estaba Piedra Labrada y no existía ni siquiera Google, tampoco los dispositivos inteligentes para preguntar. Las tarjetas en los ficheros horizontales de la biblioteca se saltaban de "Piedra del sol" a "Piedra, verde corazón de", pero de "Labrada" nada, ni sus luces.

Esa misma tarde me encerré en la biblioteca de Humanidades a buscar información acerca de Jomxuk; hallé poco, algunos artículos de Félix Báez-Jorge que hablaban de la ovogénesis presente en el mito popoluca que recopiló en Pajapan; un libro de Medellín Zenil donde narraba que este huevo de basalto había sido recuperado en la Isla Tenaspi. Ideas y lugares que me parecían lejanos, y hoy me son tan cercanos, me hicieron detenerme.

No tenía familia en Xalapa, solo vine a estudiar arqueología y pasé demasiadas horas frente a esa estela para que ahora Jomxuk quisiera entrar así sin más en mi vida.

¿Para qué sí me alcanza, doña Helenita? Hasta ese momento me había alcanzado para decir que uno de los glifos de la estela posiblemente era una variante del glifo Ollin, porque dividía su interior en cuatro espacios que se entretejían en el centro. No discutiré eso aquí, años después con más moneditas cambié mi interpretación, pero la voz de Sara se repetía en mi cabeza: "Mejor intenta algo con un dios".

Esa misma noche me alcanzó para un poquito más, gracias a un regalo que me hizo un buen amigo. Sentados en La Sopa, y listos para ordenar, sacó de su morral de lona café un libro usado, con las hojas amarillentas y olor a Xalapa; se trataba de *El universo de Quetzalcóatl,* de Laurette Séjourné. "Lo vi en La Rueca y pensé que podría gustarte", me dijo. Con solo una hojeada rápida, clin-clin-clin, mi crédito se incrementaba y me quedaba claro que para

hablar del Ollin debía comenzar por el dios que lo representaba y casualmente este era un perro.

Como todos los perros, aquel fue una compañía divertida; pronto descubrí que era un personaje medular en las narraciones míticas nawas y que no muchos le habían dedicado líneas en las investigaciones. Xólotl era el único dios del panteón mesoamericano que podía entrar y salir del inframundo sin morir; era un dios fiel con el Sol, compasivo con los errores de su hermano Quetzalcóatl; era un dios noble que permitía su sacrificio para evitar el caos; seguramente así, en tiempos mesoamericanos, se justificaba la ingesta de perros en tiempos de crisis. Me niego a creer en la crianza de engorda para el consumo cotidiano; al momento, no hay datos arqueológicos que sustenten dicha actividad.

Así fue como adopté a este dios tutelar. Fue una de mis primeras y tal vez una de las más importantes adopciones caninas que he hecho. Xólotl llegó como todos los perros que han llegado a mi vida, sin buscarlos, de casualidad y brindando una oportunidad para alegrármela, para darme luz. Xólotl llegó moviendo la cola y con mucha compasión para guiar durante todos estos años mi transitar en el complicado camino de la cosmovisión mesoamericana.

BÚSCAME EN LA ORILLA

Un día tuve que ir a hacer trabajo de campo a la Huasteca; pasé un mes completo en Atlalco, una pequeña comunidad del municipio de Benito Juárez, cerca de Chicontepec. Me hospedé en casa del agente municipal, un hombre extremadamente amable y recién enviudado que vivía con su hija y su suegra en un solar de tres espacios. Alrededor de un pequeño patio de tierra habían levantado tres casitas de bajareque con techos de palma de dos aguas; una, la que estaba dedicada a la preparación de alimentos, solo tenía tres paredes para añadir frescura al espacio, y las otras dos servían como dormitorios.

Don Genaro se paraba temprano para ir a su parcela a limpiar el terreno, cuidar su siembra de maíz y ordeñar las dos vacas que tenía. Su terreno no estaba cerca, había que atravesar el monte y varias parcelas de vecinos para llegar a la suya. Todos los días le acompañaba *Trueno,* un perro amarillo que tenía desde cachorro. Me llamaba mucho la atención la relación que había establecido con este animal. Era una vida muy humilde la que llevaban, pero la compartían con *Trueno* de la mejor manera que podían. Se le permitía entrar a los dormitorios y a la cocina, donde le daban tortillas recién hechas; pero cuando solo había tortillas duras, su dueño era quien reclamaba y reprendía a la familia por no haberle considerado a la hora de calcular la comida. Vi varias veces a don Genaro, en esas ocasiones, apartar comida de su plato para compartirla con el perro.

Puntualmente, a las nueve de la mañana, Flor, su hija, metía en una canasta un bote de salsa, uno de frijoles, tortillas recién hechas, chiles y un pedazo de queso fresco envuelto en hoja de plátano; con ese manjar divino emprendía el camino para llegar a su parcela y almorzar con su papá y *Trueno.* Don Genaro le esperaba allá con el fogón de tres piedras prendido y un comal de barro emblanquecido para que se calentaran las tortillas y se hicieran las entomatadas al momento. Dependiendo de la faena y las labores, pero regularmente al terminar el almuerzo, Flor regresaba al hogar, donde la esperaba su abuela, con los trastes sucios y *Trueno,* que, tras cerciorarse de que había entrado al patio de la casa, se volvía por la vereda para reencontrarse con su dueño. A las dos de la tarde ambos estaban de vuelta en el pueblo y *Trueno* recibía trato de caballo; con un cepillo de cerdas suaves, don Genaro le cepillaba el cuerpo y jugaba con él en el patio mientras las enfrijoladas de la tarde estaban listas.

Así transitaban los días en Atlalco, mientras yo platicaba del Chicomehxóchitl y veía figuritas de papel de china castigadas en un baúl en casa de Domitila, la ritualista y curandera del pueblo, hasta que llegó ese día funesto en que todo su orden se trastocó.

Eran apenas las siete de la mañana, yo tomaba café con Flor y Domitila, cuando entró don Genaro con *Trueno* en brazos y lo puso en el patio. Con los ojos llenos de lágrimas y visiblemente desconsolado, nos compartía su impotencia: "Me lo mató… una víbora me lo mató". Resulta que en la oscuridad del madrugar, caminando por la vereda, don Genaro pisó sin darse cuenta una víbora; esta reaccionó y se impulsó para morderlo, pero *Trueno,* que era muy ágil, la atajó de una mordida y la fue zangoloteando contra el piso hasta quitarle la vida y así salvar la de su amigo. En el ataque y la defensa, él fue mordido varias veces y segundos después de que la víbora cayera muerta *Trueno* también lo hizo. ¡Ay, qué mañana tan triste pasamos! Él sacrificó su vida para evitar el caos, como lo hizo Xólotl, un caos que esta familia no podría enfrentar. Flor, de apenas doce años, y su abuela quedarían desamparadas si don Genaro faltaba; ella recién se sobreponía a la muerte de su madre como para soportar la de su padre. Parece que los perros, *Trueno* en este caso, siempre saben cuál es su lugar a la hora de las cosas que realmente importan.

Don Genaro se sobrepuso tomando un café con pan, remedio potente para levantar los ánimos en cualquier ocasión, y después comenzó a cavar un hueco medio profundo al lado de la esquina más cercana al fogón, justo en el rincón donde a *Trueno* le gustaba pasar las tardes. Flor y su abuela tiraban tortillas y hacían la salsa para las entomatadas. Domitila fue a buscar árboles de naranja. Yo fui al pueblo de al lado a conseguir queso de rueda. Nos reunimos alrededor del perro; Flor apretaba las manos agarrando fuerte su delantal, Domitila agitaba ramas de naranja y ponía las florecitas del árbol sobre el perro; don Genaro se quitó la camisa de manta blanca empapada en sudor y con cuidado metió las dos patas rígidas de *Trueno* en las mangas y, mientras se la abotonaba, dijo estas palabras: "Gracias, perro bueno, perro listo, aquí tienes mi olor para que no me olvides… Búscame en la orilla, allá te veo".

No, no daba crédito a lo que estaba viviendo, y antes de que se lo pregunten, les digo: por supuesto que no me detuve a foto-

grafiar el momento; seguramente la presencia de la cámara réflex que llevaba lo hubiera arruinado, las cosas no hubieran fluido de esa manera y hubiese sido una barrera que no me hubiera permitido participar en esta experiencia que me marcó para toda la vida.

De *Trueno* aprendí muchas cosas, reafirmé que los perros son familia, pero sobre todo que la cosmovisión mesoamericana sigue viva y que me sumo a esa hermosísima creencia; y que, sin duda, un día me encontraré con mi manada y para ello me aseguro de abotonar camisas que huelen a mí y decir las palabras: "Búscame en la orilla, allá te veo".

A NOSOTROS TAMBIÉN NOS TOCA FOTOGRAFÍA

Piedra Labrada, enclavada en la Sierra de Santa Marta, en Los Tuxtlas, Veracruz, es una comunidad que fue fundada en 1906 por familias indígenas nuntajiiyi de Soteapan. Hasta el año 2015 la comunidad había permanecido alejada de los ritmos urbanos. No había señal de internet; solo había una televisión en el único restaurante existente a dos horas a la redonda: una palapa muy fresca, con techo a dos aguas y muros recubiertos con bajareque, donde también estaba el único teléfono, que servía caprichosamente según el clima porque era satelital. La gente se reunía y se asomaba por las ventanas para ver la telenovela o las películas con traducciones al español que el Canal 5 transmitía los domingos. Nosotros cenábamos ahí empanadas y tostadas todos los días; también recuerdo épicos los huevos a la mexicana para desayunar los domingos.

La forma en que fui ganándome la confianza de las personas fue particular. Desde chica, tomé la afición de coleccionar fotografías de perros; de cada lugar al que he ido me he hecho de imágenes de perros callejeros que se me atraviesan. En la comunidad pronto se dieron cuenta de que estaba tomándoles fotos a los perros y se

reían de mí; entre gritos burlones lejanos llegué a escuchar más de una vez: "Ya llevátelo, maestra, te lo regalo". Mandé a imprimir varias imágenes que necesitaba para los estudiantes que me acompañaban y entre ellas se había colado la foto de un perro local. Un niño curioso, que estaba muy atento a lo que sacaba de un folder, emocionado me dijo: "¡Ese es el perro de mi primo José!" Al poco rato trajo a jalones al pequeño, delgado y tímido José para que yo le mostrara la hoja. "¿Cómo se llama tu perro?", le pregunté. *"Limón",* me contestó con tono débil y con mucha pena, escondiéndose detrás de su primo. Le regalé la impresión: "Toma, para que tengas una foto de *Limón".*

Horas más tarde, afuera del salón ejidal que nos habían prestado para vivir, había una fila de niños mostrándome a sus perros, gritándome sus nombres al mismo tiempo y preguntándome si podía tomarles una fotografía: *Pingüino, Alambre, Venado, Güero, Amigo.* Obviamente accedí, pero les pedí que fuera en orden y que ellos posaran junto a sus perros para que fuera un recuerdo. Esa semana fotografié muchos niños junto a sus perros y el fin de semana bajé a la ciudad más cercana para imprimirlas y repartirlas el domingo por la tarde. Estaban felices con sus fotografías y salieron corriendo a presumirlas entre sus familiares y amigos.

A la tarde siguiente tenía un grupo muy organizado de madres afuera del salón; por un momento me espanté, pensé que venían a reclamarme. De inmediato argumenté en mi cabeza que yo no tenía intención de publicar esas fotos y demás bla-bla-bla que no fue necesario. Sencillamente ellas querían preguntarme cuánto les cobraba por tomarles una fotografía con sus familias y me invitaban a sus casas. Hice una lista con horarios para no llegar sin previo anuncio y, por supuesto, no cobre ni un centavo.

Pasé casi por todas las casas de Piedra Labrada tomando fotos familiares. Generalmente, cuando llegaba a las casas, la familia estaba recién bañada y arreglada, con las sillas acomodadas en lugares en los que ellos habían pensado se vería mejor el momento familiar capturado. La sorpresa más grande fue que, invariable-

mente, las familias habían acomodado sobre las mesas montones de artefactos arqueológicos que habían encontrado en sus terrenos y que me pedían también fotografiar. Algunas personas me invitaban a pasar por sus parcelas para enseñarme los "cerritos" por si también los quería fotografiar. Me había ganado su confianza sin darme cuenta.

De entre todas las sesiones, recuerdo con mucho cariño la última. Don Fidencio, el abuelo de la comunidad, se acercó al salón ejidal días después de que acabaron las sesiones fotográficas; me estaba esperando enfrente, sentado en un poste de luz que se había caído años atrás en una tormenta y que ahora usaban como banca. Venía muy fresco, recién bañado, de camisa blanca y un saco gris que dejaba ver que en su juventud había sido un hombre alto y fornido. Traía cargando un cachorrito de pelo pinto, de cabeza redonda y con una mancha café en el ojo.

—Buenas tardes, maestra, yo no la invité a mi casa porque no tengo familia para fotografiar, pero si quiere me puede tomar una foto aquí debajo de la buganvilia con mi perrito.

—Buenas tardes, don Fidencio, no se preocupe, claro que sí, con mucho gusto. ¿Cómo se llama su perrito?

Sonrió, y con mirada pícara agarró al diminuto perro por entre las axilas y lo hizo brincar en sus rodillas en señal de alegría a la vez que le decía muy animado: "¿Ya escuchaste, *Chile Verde?* A nosotros también nos toca fotografía".

Durante años don Fidencio me devolvió el favor sin solicitárselo; en cada junta validaba, promovía y defendía nuestra presencia y los esfuerzos académicos y de vinculación; era un convencido de la arqueología y lo comentaba con otros abuelos de las comunidades vecinas. Su palabra tenía mucho peso en la región, tanto como una piedra labrada.

Quién se hubiera imaginado que la extraña afición por fotografiar perros callejeros que había adquirido cuando decidí adoptar a Xólotl como deidad tutelar me abriría las puertas a la confianza de las comunidades nuntajiiyi de Santa Marta.

Una vez, después de muchos años, tuve la oportunidad de acercarme más a la Estela 1 de Piedra Labrada, ese monumento chulísimo del Museo de Antropología de Xalapa. Gané una posición permanente en la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana y entre mis obligaciones estaba la de crear un proyecto de investigación arqueológica que sirviera para la formación de estudiantes en esta disciplina. Así despertó esta idea que estaba ahí dormida, era mi oportunidad de recuperar información de primera mano acerca de este sitio y, por supuesto, de esa estela que había robado mi atención muchos años atrás. Diseñé un proyecto muy modesto, con objetivos muy delimitados, y el Consejo de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia lo aprobó. Así comencé mi vida ligada a la selva de Los Tuxtlas, con una investigación en la comunidad de Piedra Labrada.

Básicamente el proyecto consistía en hacer un recorrido por los solares y las parcelas del ejido; registrar las evidencias culturales de las poblaciones mesoamericanas que habitaron la región en el pasado; elaborar algunos mapas del sitio arqueológico y realizar excavaciones cerca de donde se encontraba la base original de la estela que, afortunadamente, se había quedado *in situ* cuando en 1960 Eraclio Zepeda lideró el traslado del monumento al Museo de Antropología de Xalapa. En mi mente era un *veni, vidi, vici;* tenía una serie de acciones enlistadas para recuperar la información que necesitaba. Era algo sencillo que podía hacer con relativa facilidad, mas no podía estar más equivocada.

Emprendí mi camino a Piedra Labrada, no llegaba a los veintiocho años y ya era responsable de veinticinco estudiantes. Estaba emocionada a la par de ellos, pues era su primer trabajo en el campo y era mi primer proyecto arqueológico, prácticamente nos iniciábamos juntos.

Al cruzar la Sierra de Santa Marta me di cuenta de que mi lista de acciones concretas no iba a resultar tan sencilla de seguir. El

proyecto de una carretera asfaltada que conectara las comunidades de la zona costera con sus cabeceras municipales en Tatahuicapan y Mecayapan empezaba a realizarse. El despalme de la carretera aún continuaba, abundaban los tramos de terracería y tramos en construcción; en definitiva, no había nada asfaltado todavía. El trayecto desde Tatahui a Piedra era de dos horas y se volvió común ver a nuestro paso dos o tres estaciones con camiones de volteo y aplanadoras que iban cambiando de lugar al paso de los años… sí, por años, porque el proyecto de la carretera, a casi dos décadas de distancia, aún continúa.

Regreso. Dos días antes de nuestro cruce, había caído una lluvia torrencial que desbarató un puente antiguo; tuvimos que dejar mi auto abandonado en medio de ese camino aún medio selvático para continuar a pie. Cuando una persona en la Sierra de Santa Marta les diga: "ya está cerca", "sí pasa", "ya falta poco" o "no tarda", tomen estas frases como un deseo de buena voluntad para animarles y no como una frase literal, pues tardamos casi tres horas a pie en llegar a nuestro destino.

Finalmente llegamos, nos instalamos y se llevó a cabo una reunión comunal para presentarme y pedir los permisos de trabajo necesarios. De inmediato surgieron preguntas como: "¿Y ese trabajo cómo nos beneficia?" "¿Y por qué ese trabajo debe ser aquí y no en otro pueblo?" "¿Nosotros cómo vamos a participar?" "¿Qué pasa si no damos el permiso?" "¡¡Y si encuentran oro!?" Traté de dar respuesta a cada uno de los cuestionamientos que me hacían con cuidado, evitando emplear términos académicos. Y, sobre todo, hablarles con honestidad; pero una respuesta daba pie a otra pregunta. Así, después de cuatro horas, conseguí el permiso local para investigar en los terrenos del ejido. Al concluir la reunión, algunas estudiantes comenzaron a aplaudir festivamente y pronto se contagiaron todas las personas presentes. Todas, excepto yo.

Lo que mi cuerpo me hacía sentir desde el interior no era precisamente una sensación de "¡Eh, ya tengo el permiso!, ¡lo logré!" Más bien, lo que comenzaba a invadirme era un sentimiento que al

paso de los años se haría más fuerte y que he tenido a bien llamar como "tristeza consciente". No te hace llorar, y aunque la traigas encima, eres funcional; no es una depresión, es más bien una voz interior que obliga a revisar las aristas de las situaciones desiguales. No sé, es el ratón girando en sentido contrario de la rueda, que hace que las ideas profundicen en la autoconsciencia del ser y estar; años más tarde me enteraría de que esa tristeza consciente es liberadora y es parte del proceso de lo que Gunther llama la etnografía doblemente reflexiva.

Por la noche, acostada a oscuras, con la lluvia cayendo en un jicarito al lado de mi catre (tuc-tuc-tuc), entendí que esa gente otorgó la autorización porque eso es lo que se esperaba de ellos. En algún momento de la reunión el agente municipal dijo: "Viene de la Universidad Veracruzana y trae permisos federales del INAH, hay que dejarlos pasar". Por supuesto que muchas personas estamos familiarizadas con el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Universidad Veracruzana, pero millones no, y les puedo asegurar que en las comunidades de la Sierra de Santa Marta el *grosso* de la población no, aun cuando hay una sede de la UV en Huazuntlan, Minatitlán o Coatzacoalcos. No. La expresión potente que llevó a estas personas a acceder fue "permiso federal", por lo que implica en el contexto indígena de mi país. Siglos y siglos de ceder y conceder ante una idea de progreso que se les ha impuesto. Claro que me iban a dar el permiso, nadie quiere frenar el progreso, nadie quiere ser excluido de la Modernidad, de la innovación, de la Historia, mucho menos en un ejido donde no hay señal de radio ni televisión, teléfono, internet y donde la electricidad viene y va. Por supuesto que preguntaron acerca de su participación en el proyecto, yo también lo haría si alguien viniera a mi casa a querer escribir la historia de lo que sucedió antes de mí en mi propio espacio. Qué soberbia y qué sin utilidad me pareció esa noche la arqueología. No estaba llegando a ningún lado, tenía demasiadas dudas y una lista de acciones por reescribir, así que mejor apagué la mente. De todas formas, la idea ya estaba ahí.

Los días pasaban y, a pesar de mis reflexiones, me ajusté a mi lista de acciones de la mejor manera en que sé evadir mi incomodidad: trabajando, poniéndome exigente al borde del estrés y fotografiando perros para mi colección de caninos del mundo; quería que la investigación y la recuperación de información estuviera bien hecha, pero también me preocupaba mucho que las personas que realizaban prácticas profesionales en mi proyecto, estudiantes de la UV casi en su totalidad, aprendieran a hacer las cosas bien, y, más aún, que las personas de la comunidad participaran en la investigación.

Había tardes en que las personas se paraban durante horas al lado de la puerta, o se sentaban en un poste de luz que había en frente del salón ejidal, solo para entretenerse con nuestra presencia. Era como si este edificio con ventanas fuera la pantalla gigante de un televisor y nosotros fuéramos los protagonistas de un programa. Uno que veían con interés, porque trataba de ellos, pero en el que ellos no aparecían. Realmente quería que todo resultara lo mejor posible, pero mi mente no paraba: las personas de la comunidad tenían derecho a participar en la construcción de la historia de su ejido y no sabía cómo hacerlo.

Para llegar al sitio en el que estuvo instalada la estela hay que bajar desde el pueblo una cañada grande, cruzar un río profundo por medio de un puente colgante y nuevamente subir cruzando pastizales enormes hasta llegar a la parte superior de la meseta. Descubrí por observación que todas las mañanas al cruzar el río había un grupo de tres o cuatro perros jóvenes que, evidentemente, en la madrugada habían perdido el ritmo que los perros adultos llevaban al lado de sus dueños; estos cachorros solo sabían llegar hasta el puente. Ahí, jugueteando unos con otros, o durmiendo, esperaban a que sus dueños regresaran con los perros más experimentados de las milpas para volver a sus casas.

Cruzaba los pastizales con mucho temor, pues me llegaban casi al pecho, no veía nada; a veces mi lógica me decía: "Cruza rápido, ya, ya, no pares"; otras veces me decía: "Ve lento, puedes pisar una serpiente". Un día me quedé paralizada cuando observé

que el pasto se sacudía rápidamente desde lo lejos hacia mí, entonces di varios pasos hacia atrás, casi en actitud de huida. De pronto vi que se trataba de un perro que venía a mi encuentro. A partir de ese momento, mis miedos matutinos se acabaron; este perro me esperaba cada mañana en el puente, sentado, serio, ignorando a los cachorros, solo demostrando alegría al verme al otro lado del puente. Era un perro de pelo corto, el tono de su pelaje era incierto: ¿café, café oscuro-rojizo, café rosado? Es común que en Santa Marta todo esté teñido de rojo, pues este es el color de la tierra producido por el exceso de hierro debido al volcán. Tenía una oreja arrugada y era el perro más entendido que yo había visto hasta ese momento. Trataba de mantenerme a salvo sin distraerme; si las vacas se acercaban, él corría para ahuyentarlas antes de que llegaran a mí; respondía a mis chiflidos, ladraba para espantar a la tropa de monos que aventaban ramas cuando pasábamos cerca, me abría paso en el pastizal; en agradecimiento compartía con él las tortillas y el huevo de mi almuerzo. Me acompañaba por veredas de selva y acahuales entre los sitios, por los potreros, la playa y las parcelas, pero al volver al puente, él no lo cruzaba, no subía al pueblo; se sentaba y, aunque lo llamara, le silbara, e incluso le ofreciera comida, no cruzaba. Así cada día.

Ese año pasé la mitad del tiempo fotografiando a la gente del pueblo en sus casas; finalmente había logrado establecer una conexión y fue sin planearlo. Por las noches, distintas familias me invitaban a sus casas a tomar café de tortilla quemada hervida, me contaban historias de su progenie, historias del monte, de la fundación de la comunidad, me enseñaban su idioma y lo que esperaban de mi presencia en su pueblo. Una noche, mientras terminaba de fotografiar a la familia del culebrero, se hizo un silencio y en medio de él me dijo: "Se llama *Empanada…* el perro con el que juega en el monte se llama *Empanada,* no tiene dueño, a ese perro nadie lo manda, tenga cuidado porque es un chaneque y ya lo enamoró".

Con este señor establecí una relación importante, conocía muy bien el monte, de la herbolaria y de los animales; una vez vi

cómo metía a una serpiente nauyaca en un costal solo con silbar, y esta obedecía casi por su propia voluntad. Con él emprendí las primeras acciones de interpretación local acerca del patrimonio y así mi mente comenzó a estar en calma con el tema de la participación de la gente en el proyecto; fue la primera de muchas formas de vinculación, y él la sugirió. Me gustaba pasar tiempo con él, aunque a veces decía cosas fuertes con mucha seguridad y como si fueran el resultado de una visión. Una vez dijo que a mí las culebras no me hacían nada porque las culebras no mordían a los muertos. Cuando decía cosas así, me parecía que era mejor escuchar y no hacer preguntas, pues a pesar de que no era su intención, seguramente la respuesta no iba a ser agradable.

Terminó el tiempo en campo, tenía que volver a la Universidad, y en mi pequeño auto no cabía ni un alfiler: se iba llenando y llenando con cajas y más cajas de material arqueológico. Quedaba solo libre el lugar del copiloto. Al cargar la última caja y cerrar la cajuela, *Empanada* estaba ahí, silencioso, sentado junto al coche, mirándome. Gibránn, con quien había acordado acompañarme en el regreso, observó y entendió de inmediato la escena: "Llevátelo –me dijo–, yo puedo regresarme en camión". No podía hacerlo, jamás lo haría, teníamos un trato.

Con mucha tristeza le acaricié la cabeza a *Empanada.* "Voy a Tatahui y mañana vengo por ti", le dije, y bueno… le dije Tatahui porque seguramente era más fácil de entender que si le decía Xalapa. Pero la verdad es que iba para Xalapa y él lo sabía.

Fue un trayecto de diez horas, bajé las cajas en la cochera de mi casa, cargué gasolina en Ruiz Cortines, y con la misma regresé a Piedra Labrada. Gibránn, como tantísimas veces, quiso ser parte de mis hazañas. Llegamos de noche, pero a la mañana siguiente bajamos al puente, *Empanada* no estaba. Recorrimos los sitios, *Empanada* no estaba. Llegamos a la orilla de la selva, fuimos con la tropa de monos, llegamos a la playa, regresamos al puente… pero *Empanada* no estaba. Entonces comencé a llorar.

Ahí nos alcanzó el culebrero.

—Le dije que es un chaneque –dijo–, también debe andar llorando por usted en el monte, la próxima vez que vengan debemos entrar a la selva para que les dé sus Nombres Verdaderos y puedan encontrarse.

Con *Empanada* aprendí que a veces hay una sola oportunidad para hacer las cosas y que los afectos no pueden postergarse ni ocultarse.

Unos meses más tarde, en el verano, Gibránn y yo participamos en una ceremonia con el culebrero en mitad de la selva y nos fueron susurrados nuestros Nombres Verdaderos. Nombres que, según la tradición nuntajiiyi, solo sabemos entre nosotros y los entes buenos que habitan la selva. Desde entonces camino por las veredas de Santa Marta acompañada, atenta a escuchar mi nombre verdadero.

EL PERRO QUE MANEJA UN BURRO

La Perla del Golfo es una pequeña localidad en la zona costera de la Sierra de Santa Marta, en Los Tuxtlas. Se fundó en la década de los setenta por personas dedicadas a la ganadería que venían de otros lugares de Veracruz. Los terrenos pertenecientes a La Perla son los que abundan en el corredor costero, ya sea por propiedad o por renta en el caso de los ejidos. La mayoría de los ejidatarios rentan a las personas de La Perla sus terrenos para que puedan tener más ganado; además, se contratan como sus vaqueros para la ordeña y el cuidado general del uso del terreno, un acuerdo común en la zona.

El proyecto de investigación había crecido para todos lados. Lo que yo creía que sería una experiencia de dos años se convirtió en una que aún no termina a casi veinte de su inicio. El recorrido de superficie se iba intercalando con las excavaciones al paso de los años, porque la delimitación de los sitios arqueológicos era casi imposible. En este pequeño corredor de Los Tuxtlas, al pie del volcán de Santa Marta, hubo una densidad fuerte de personas en

el pasado, lo sabemos por las miles de estructuras que ahí hemos registrado. Los seis kilómetros iniciales que abarcaba la investigación alrededor de Piedra Labrada se convirtieron en más de trescientos. El paisaje del pasado definitivamente contrasta con el del presente, pues es una zona de baja densidad poblacional; por ello los proyectos de infraestructura por parte del gobierno son tardados, porque el número de votantes es bajo. Los líderes comunales hacen verdaderos esfuerzos por lograr atraer la mirada de las autoridades.

Regreso. Llegué a la Perla del Golfo dejando atrás mi gotera (tuc-tuc-tuc) y tratando de encontrar un nuevo lugar para instalar el campamento en la región, con la esperanza de que los animales no sufrieran tanto en esta parte del corredor costero. El trato a los animales en La Perla es más digno que en otras partes de la sierra; por supuesto, en las casas de esta localidad no falta la comida. No pretendo decir que los perros aquí tienen un lugar privilegiado y no sufren maltrato, porque también lo hay; sin embargo, el trato entre las personas es diferente, por lo tanto, la relación con sus animales también lo es. Lo que quiero explicar es que además de disfrutar su compañía en las casas, también los tratan como trabajadores y ellos se comportan como tales y reciben regaños severos si se les ve vagando.

La mayoría de los ganaderos de La Perla aprecian mucho a sus perros; siempre cuentan historias de sus hazañas y hasta parece que compiten por contarlas. Es común ver perros ganaderos australianos azules y rojos, pitbulls tanto grises como atigrados, pastores alemanes, cruzas de entre ellos y también hay manadas de perritos chihuahueños que se ven muy graciosos siguiendo a sus dueños a caballo por el monte y las calles del pueblo. De entre todos, para el trabajo, los ganaderos tienen especial aprecio por unos perros locales que son difíciles de conseguir. Los loberros, como ellos les dicen, son cruzas de coyotes y perras ferales que fueron abandonadas a su suerte en la sierra.

—Esos perros son tremendos cuidadores –nos decía don Agustín, mientras acariciaba a su *Shakira,* una loberra, cruza de

pastor alemán completamente amarilla–. Son difíciles de conseguir, porque tampoco es fácil que las perras se dejen montar por el coyote, hay que saber dónde hizo madriguera la perra y estarla venadeando para quitarle a los cachorros desde chiquitos, porque como son ferales, se ponen agresivos cuando crecen y se meten al monte. El año pasado, allá en el rancho de don Felipe, ya le habían echado el ojo a una madriguera, era una coyota la que parió adentro de en uno de los cerritos, pero cuando fueron a ver las crías ya no estaban.

Nos miramos unos a otros tratando de disimular. De hecho, esa era la historia que nos había llevado a vivir a La Perla en primer lugar, y con cierto temor me atreví a preguntar:

—¿Y saben por qué ya no estaban?

—Sí –respondió–, el perro que maneja un burro las espantó.

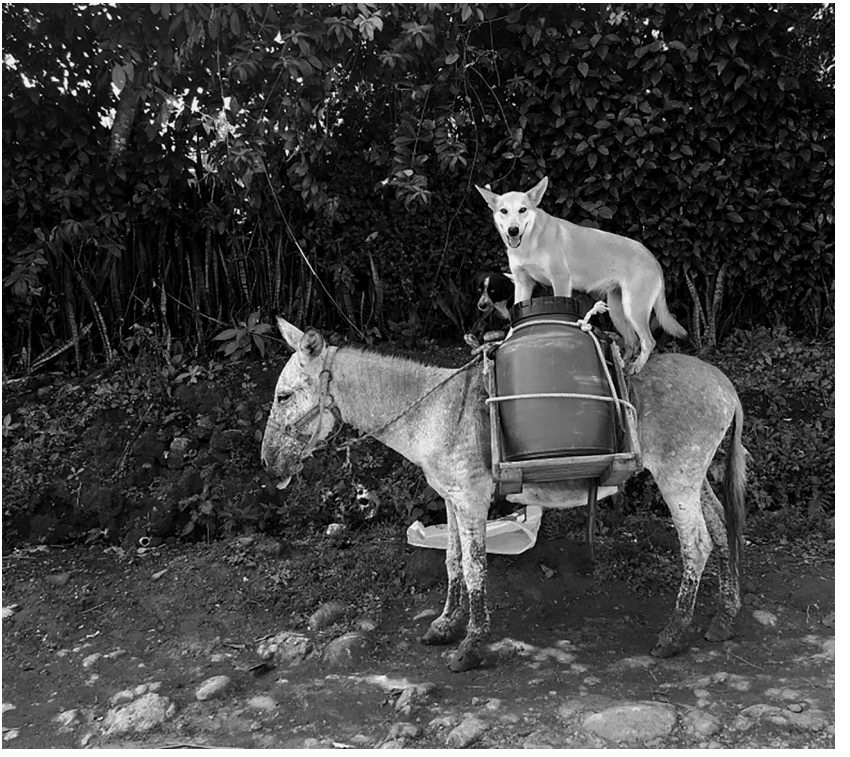
Mucho tiempo pensé que esa referencia al perro que manejaba un burro era una leyenda rural de un "espanto" o la referencia para decir: "No, pues quién sabe"; de hecho, muchas veces la usamos entre nosotros como broma para quitar responsabilidades.

Sin embargo, tiempo después de esa plática, mientras realizábamos excavaciones en el puerto prehispánico principal, escuchamos un ruido muy estruendoso, tolón-tolón-tolón, seguido de un portazo, y el ruido paraba. Lo mismo sucedió por casi dos semanas a la misma hora; ya hasta cronometrábamos la distracción como si se tratase de un despegue de la NASA: "diez, nueve, ocho, siete…"; en fin, tolón-tolón-tolón. La curiosidad nos hizo abandonar nuestros puestos para investigar de qué se trataba y comenzamos a buscar de dónde provenía el ruido. Finalmente, en uno de los caminos encontramos sin duda al perro y al burro más listos y mejor coordinados del mundo.

Se trataba de un perro amarillo que, efectivamente, montaba un burro y que juntos iban a recoger la leche de las ordeñas pequeñas en algunos puntos específicos. El perro cuidaba que nadie ajeno a su negocio se acercara a su burro. El burro traía un arnés en el que cabían dos tambos de leche y un pequeño espacio para que el perro

pudiera ir desde arriba dirigiendo la operación. Ellos solos abrían y cerraban las puertas falsas de los corrales para entrar y salir tras recoger la leche y llevarla hasta su casa.

Don Felipe y don Agustín están convencidos de que el ruido que hacen esta pareja de locos es el que ahuyentó a los loberros. De entre todas las fotografías de perros del mundo que tengo en mi memoria, seguramente la de ellos es la más divertida y por eso la comparto. El día que tomé la fotografía, le dieron un aventón a un amigo.



El burro y el perro, La Perla del Golfo, Mecayapan, Veracruz, 2019.
Fotografía de Lourdes Budar.

Había una fila de niños mostrándome a sus perros, gritándome sus nombres al mismo tiempo y preguntándome si podía tomarles una fotografía: *Pingüino, Alambre, Venado, Güero, Amigo.* Fotografié muchos niños junto a sus perros y el fin de semana bajé a la ciudad más cercana para imprimirlas y repartirlas el domingo por la tarde. Estaban felices con sus fotografías y salieron corriendo a presumirlas entre sus familiares y amistades. Niños, sí, no se trata de un error en la redacción inclusiva, más sí de las relaciones de inclusión en las comunidades indígenas de Santa Marta.

La fila estaba conformada únicamente por niños. Las niñas estaban agrupadas en una esquina participando desde ahí con sus ojos brillantes y sus risotadas. Las más valientes se acercaban un poco para escuchar mi conversación con los niños y, al percatarme, me dirigí a ellas:

—¿Ustedes no quieren foto con sus perros?

Asentían con la cabeza, pero los niños interrumpían interponiéndose en mi mirada hacia ellas, y gritaban en tono de burla:

—¡Ellas no!, ¡ellas no!, ¡nosotros sí!

—¡Ah, mira! ¿Y por qué ellas no y ustedes sí? –les cuestioné.

—Pues porque ellas son viejas y tienen que pedir permiso, además no hablamos con viejas –gritaba el más chiquitito de los niños, a la vez que le ordenaba a su hermana cada vez que podía:

—Jálele pa'su casa –cuando evidentemente era años mayor que él.

—Ah bueno, entonces no pueden pedirme favores a mí –dije–, porque también soy mujer; no pueden hablar conmigo –les decía para mostrarles su error mientras me acercaba más a las niñas y ellas se reían emocionadas y les hacían muecas a los niños.

—Tú no eres mujer, eres maestra –me decía el niño mientras me jalaba la manga de la sudadera para acercarme a su grupo nuevamente.

—Ah bueno, como soy maestra… entonces se me forman y le voy a sacar fotografía a quien quiera salir, sea niño o niña, y la condición es que ustedes salgan cargando o abrazando a sus perros.

—Bueno, al cabo que no tienen perro –dijo otro rezongón.

Las niñas se fotografiaron sin perros, en grupos, abrazadas, ninguna sola; algunas más sonrientes que los niños; otras corrían a sus casas por alguna muñeca despeinada para que saliera con ellas en la imagen. Recuerdo una que se fue y regresó con su periquito al hombro. También hubo unos pocos niños que sí quisieron incluir a sus hermanas en la foto, pero solo después de haberlos fotografiado solos.

Por la tarde, al regresar del trabajo de mapeo, había un grupo grande de madres esperándome afuera del salón ejidal. Temí que fueran a reclamarme por haber tomado fotos de sus hijas y por las respuestas que les di a sus hijos, pero el asunto era otro: ¡ellas también querían fotos familiares!

Estas relaciones tensas respecto al género en la región son comunes. Incluso se pueden observar en la convivencia con los perros. En uno de esos momentos de "tristeza consciente" al lado de mi gotera (tuc-tuc-tuc) caí en cuenta de que fotografié a *Pingüino, Venado, Capitán, Coronel, Cabo, Martillo, Alambre, Güero, Limón, Chile Verde* y demás perros que tenían solo nombres masculinos.

Al pasar los días, me di cuenta de que invariablemente las perras del pueblo vagaban "cargadas" por las calles. ¡Ay! Mi corazón se partía en pedacitos cuando se me acercaban a pedir comida; todas hembras, para ellas no había tortillas, para ellas no había casa, para ellas no había nombre. Cuando tenían sus crías, lo hacían adentro del terreno de la escuela, se metían por debajo de la reja en un hueco que habían rascado y en las zonas con maleza escarbaban madrigueras para parir. En cuanto los cachorros ya empezaban a salir a explorar el mundo, los niños escogían a los machos y las hembras eran condenadas a la calle. También era común que desde cachorras las llevaran a las parcelas y se quedaran allá cuidando

las galeras. Era una vida triste e injusta para un animal que cuidaba por las noches las herramientas y el ganado. ¡Ay! Mi corazón se partía en pedacitos solo de pensar que muchas de ellas jamás habían recibido ni una caricia. ¡Ay! Mi corazón se debatía entre los momentos hermosos que vivía haciendo investigación y estos otros, llenos de injusticias que propicia la desigualdad.

Una mañana, caminando por el monte, Gibránn me detuvo.

—Shhh… mira allá, hay un coyote encima de ese montículo.

Efectivamente, se trataba de un coyote macho que huyó al darse cuenta de nuestra presencia. Años después de ese suceso, los ganaderos de La Perla del Golfo me contaron que para ellos los mejores perros eran los cachorros que encontraban en el monte, porque los coyotes bajaban atraídos por las hembras que eran abandonadas por las personas de las comunidades de la sierra, y de la mezcla salían potentes perros que servían para cuidar al ganado de los propios coyotes y otros animales.

A los pocos días de nuestro avistamiento, en el mismo punto, me informaron por radio que dos cachorros salieron de una madriguera que estaba en un montículo mientras mapeaban. Pienso que llevaban ya varios días solos y al escuchar las voces de los estudiantes no dudaron en salir. Caminaron atrás de ellos durante horas; yo estaba convencida de que en algún punto regresarían a su madriguera y di la instrucción por radio de que nadie les hiciera caso. Al llegar al río, Gibránn y yo los estábamos esperando.

Venían jugando con los cachorros, cargándolos y dándoles de comer lo que encontraban en sus mochilas. Gibránn podía ver cómo yo empezaba a incomodarme al punto del silencio, y es que cuando guardo silencio en una situación de enojo estoy haciendo un esfuerzo grandísimo. Los estudiantes cruzaron el río, pero dejaron atrás aullando desesperados a los cachorros, por el miedo de meterse al agua al seguirlos. Gibránn los interrumpió y con voz suave pero firme les cuestionó:

—¿Qué fue lo que Lourdes les dijo?

Todos enmudecieron.

—Esos perros los vienen siguiendo desde hace tres horas –continuó–, ¿cómo van a volver a su casa?, ¿para ustedes es un chiste que los cachorros se pierdan en el monte? –con evidente molestia, Gibránn cruzó el río, tomó a los perros en brazos y los trajo hasta mí.

Llegamos a Piedra Labrada y llevamos a ambos cachorros a la casa de una familia con la que al paso de los años teníamos suficiente confianza. Estaban maravillados. "Estos perros son de los buenos, ¿qué les vas a hacer?", y es que, en efecto, se trataba de esos perros poco comunes y tan apreciados por los ganaderos. Eran un par de loberros, una hembra y un macho de pelaje oscuro cenizo; eran idénticos, parecían gemelos y estaban preciosos. "Si los quieren se los dejamos, pero hay que cuidarlos mucho". Estaban felices con la decisión que se había tomado y prometieron cuidarlos bien.

A la mañana siguiente, me acerqué a la casa de nuevo; los niños jugaban con el macho en la cocina, mientras la hembra estaba amarrada a una palma, lejos de un techo. Me di cuenta de que para ellos no importaba si se trataba de una preciada loberra, tan solo les alcanzaba para ver que era una hembra. El macho tenía agua fresca disponible y tortillas en el piso; el macho ya tenía nombre, se llamaba *Sargento,* mientras que la hembra no tenía nada más que un mecate amarrado al cuello.

Saqué la navaja y en silencio corté el mecate.

Regresé al campamento con la loberra y la recibieron con muchas fiestas.

—¿Cómo se va a llamar, doc? –me preguntó Maximiliano.

—Se llamará *Luna.* Júntense, vamos a tomarnos una foto con ella.

Nadie lo sabe, es ahora que los entero, tomé esa foto conmigo cargando a *Luna* para cerrar la sesión fotográfica que había iniciado diez años atrás. Me gustaba mucho Piedra Labrada, tengo gente muy querida en esa comunidad, tengo recuerdos y experiencias invaluables, pero tomé la decisión de mudar el campamento, no

podía seguir viviendo ahí. El próximo abuso, el próximo perro macheteado por robar comida, el próximo perro atropellado por diversión, el próximo perro muerto de inanición en la calle no lo iba a soportar. Tomé esa foto para recordarme que respeté siempre a las personas y las reglas de la comunidad, siempre; tomé esa foto para recordarme que aguanté hasta que supe que estaba al borde; tomé esa foto para recordarme que los lugares maravillosos también pueden ser dolorosos; tomé esa foto para recordarme que antepuse mis principios a mis intereses académicos.

Luna se convirtió en un animal muy grande, hermosa, inteligente, entendida, potente, leal, agradecida, profundamente amada. Por más de diez años nos ha acompañado y ha cuidado de nosotros. Está aquí, sentada a mi lado mientras escribo estos paisajes, y para nuestra grandísima fortuna, mis indicaciones no fueron tomadas en cuenta esa tarde. Cuando la gente me detiene para preguntar: "¿De qué raza es tu perro?", muy orgullosa les contesto: "Es una ganadera de Los Tuxtlas".



Siendo rector de la Universidad Veracruzana
el doctor Martín Gerardo Aguilar Sánchez,
Otros tristes trópicos, de Maximiliano Sauza Durán,
Sara Ladrón de Guevara y Lourdes Budar,
se terminó de imprimir en junio de 2026,
en Taller Editorial Hacerse de Palabras, Gardenia núm. 26,
Fraccionamiento Briones, CP 91612, Xalapa, Veracruz,
tel. 2286883130.
En su composición se usaron tipos AGaramond de 12:14 y 8:10 puntos.
Revisión técnica de los sonetos: Ángel José Fernández.
Cuidado editorial: Nina Crangle.
Maquetación: Aída Pozos Villanueva.

Inspirados en nuestras experiencias personales en torno a la arqueología y tomando como referencia los libros *Magia de la risa* (de Octavio Paz, Alfonso Medellín Zenil y Francisco Beverido) y *Piedra Labrada* (de Sara Ladrón de Guevara, Eraclio Zepeda y Lourdes Budar), ambos publicados por la Universidad Veracruzana en 1962 y 2010, respectivamente, que rozan el ensayo personal y el ensayo arqueológico, los autores de *Otros tristes trópicos* continuamos con la tradición literaria donde la Costa del Golfo –como región mesoamericana y excusa poética– nos invita a la reflexión de nuestro quehacer desde trincheras distintas.

En estos *Tres museos personales* la arqueología se metamorfosea en estampa poética, en soneto endecasílabo y en ensayo personal.

El aporte que ofrece nuestro libro es, por un lado, continuar el vínculo entre arqueología y literatura (cuyos antecedentes inmediatos son los supracitados); por el otro, expresar de manera literaria lo que han sido inquietudes académicas de tres arqueólogos que defienden que la sensibilidad estética es una parte fundamental de la construcción del conocimiento.

Los autores

Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

ISBN 978-968-9735-92-2